

Biblioteca Films Nacional

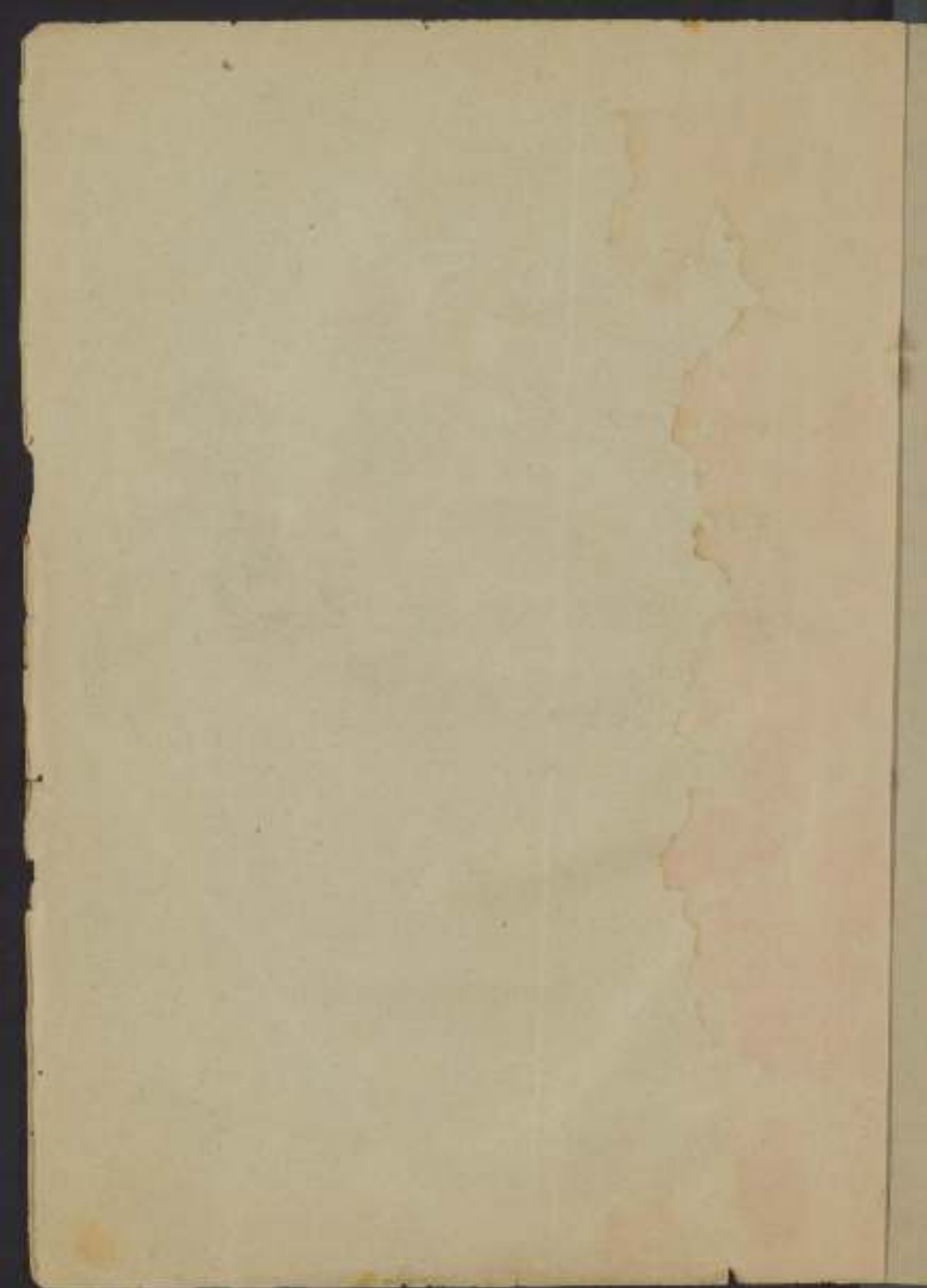
No Quiero... No Quiero!

JACINTO BENAVENTE



Fred Galiana
José Baviera
Enriqueta Soler

editorial "alas"





¡NO QUIERO...

NO QUIERO!

Reservados los derechos de
copiación y reproducción

IMPRENTA COMERCIAL
Valencia, 234 - Teléfono 70657
BARCELONA

Biblioteca Films Nacional

DIRECTOR PROPIETARIO:

Ramón Sala Verdaguer

EDITORIAL



REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

Periódico 747 - Teléfono 70657

BARCELONA

¡NO QUIERO... NO QUIERO!

OBRA MAESTRA DEL GLORIOSO AUTOR

JACINTO BENAVENTE

DIFÍCILMENTE podríamos hacer nosotros ningún elogio de esta magnífica comedia de JACINTO BENAVENTE, ya que su talento, su firme habilidad de buscar para sus obras lo más esencial de la realidad, nos excusa de ello, por ser conocidas de nuestro público.

Pero en «NO QUIERO, NO QUIERO» hay algo que queremos señalar a nuestro público, y es el estudio profundo que hace el «maestro» del alma de ese niño caprichoso, cuando a su lado se le pone un hombre que sabe situarse a su mismo plan, que sabe darle el cariño que le ha faltado y a fuerza de sacrificios conseguir esa amor del pequeño que en principio le negaba.

Obra de enseñanza, de fuerte humanidad es la que nos da en esta comedia DON JACINTO y cada escena es una enseñanza para padres y maestros.

PRINCIPALES INTERPRETES:

Elvira	ENRIQUETA SOLEZ
La Condesa madre de Elvira	CARMEN LAGAN
Dofia Manolita	JUANITA MANSO
Genoveva	CARMEN SEBASTIAN
Directora	ROMA TAEKI
Alberio	JOSE BAVIERA
Matilo	FRED GALIANA
Valerio	ENRIQUE GUYARD
Ansures	LARSENAGA
Delfin	INIDA PACHE
Director	LEON
El operador	CANDELLO

MIGUEL BORRULL

NIÑA DE LINARES:

NIÑO DE CONSTANTINA

1.^a edición - Junio 1939

AGENTE DE VENTAS:

Sociedad General Española de Librería

BARCELONA, 14 Y 16
BARCELONA

CASOS, 8
MADRID

Dirección

FRANCISCO ELIAS

Adaptación de diálogos

LOPE MARTINEZ DE RIVERA

Ayudante de director

MOULIAN

Regisseur

MOURELLE

Fotógrafo

PEREZ DE ROZAS

Operador

GASPAR

Ingeniero de sonido

RIQUER

Modisto

ALAVEDRA

Adaptación musical

DOTRAS VILA

Narración de la novela

M. NIETO GALAN

Biblioteca Films Nacional

Próximo número:

GRANDIOSO ACONTECIMIENTO

la novela de intriga y amor

La canción de Aixa

Última creación de la bellísima

IMPERIO ARGENTINA

NO QUIERO... NO QUIERO

RESUMEN ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

EL TRAGICO FINAL DE UNA JUERGA

EN un lujoso hotelito de las afueras de Madrid, propiedad del rico aristócrata marqués de Rioblanco, se habían reunido aquella tarde varios señoritos de la alta sociedad madrileña, en unión de varias artistas, para celebrar una de esas fiestas en las que sobresale siempre aquel que más bebe y más «burradas» hace.

Una de las mujeres que más señales daba de embriaguez era la popular artista Carmen Heredia, ídolo por aquellos días del público madrileño y actual amigo del marqués.

Mientras que en el interior del hotel seguía la juerga en todo su esplendor, afuera esperaban la salida de los señores varios sirvientes y los chófers que habían ido con ellos. Para hacer más pasable la espera,

uno de los chófers puso en marcha la radio de uno de los coches y en aquel momento se oyó la voz de Carmen Heredia, que por medio de un disco cantaba uno de sus couplets.

A mediado del cuplet comenzaron a salir los del interior del hotel, y un chófer llamó la atención, diciéndoles a los demás compañeros:

—Cuidado... Ahora salen.

Y, en efecto, empezaron a salir los que se hallaban dentro, y entre los primeros salió Carmen, dando pruebas de una embriaguez asombrosa. Se quedó mirando a uno de los faroles de un coche y preguntó tartamudeando:

—Eso... ¿qué es? ¿La luna o el sol?

El marqués de Rioblanco, que iba a su lado, le contestó riendo:

—Ni la luna, ni el sol... Sol... un farol.

Uno de los compañeros preguntó, al mismo tiempo que se acercaba al grupo que formaba Carmen y el marqués:

—¿Adónde vamos?

—¡A Madrid!—pidió otra de las muchachas.

Otra de las que salían del hotel, al oír que su compañera quería ir a Madrid, protestó diciendo:

—¡No quiero irme a casa!... ¡Juega pide mi cuerpo!

Entonces se dió cuenta Carmen que alguien cantaba, toda vez que el chofer se había olvidado de parar la radio, y preguntó extrañada:

—¿Quién se atreve a cantar aquí... estando yo?

—Tú—le dijo el marqués.

Ella le miró extrañada y exclamó:

—Pero... si yo, pobre de mí, no digo palabra.

—Pero, ¿no te reconoces, neni-ta? Eres tú en tu disco favorito.

Carmen empezó a comprender entonces, y satisfecha de ella misma, exclamó:

—Eso es otra cosa... ¡Y cómo canto! ¿Eh?... ¡Soy la única!... ¡La única!

Se fijó entonces en que, junto al magnífico coche del marqués, había un torpedo de otro de los jue-

guistas, y le preguntó burlona-mente:

—¿Adónde vas con ese cajón de pasas?

Pepe Lozano, propietario del torpedo, se indignó de que llamasen a su coche un cajón de pasas y protestó diciendo:

—Con este cajón de pasas voy adonde no vais vosotros, idiotas. Si hay algún valiente que me alcance, antes de llegar a la ermita de San Esteban, le regalo un cajón de botellas de champán.

Todas las parejas fueron subiendo a sus respectivos coches, y Carmen, al subir con el marqués, le incitó diciendo:

—Oye, tú, a ganar el champán, que tengo una sed horrible.

Inmediatamente se lanzaron a una carrera desenfrenada, sin darse cuenta del estado físico en que se hallaban.

Delante de ellos iba el torpedo, y Carmen insistía continuamente a que corriera más, diciéndole:

—¡Pronto!... ¡Pronto!

—No temas—le dijo el marqués imprimiéndole más velocidad al coche— Le alcanzaremos.

Pero, a pesar de la velocidad que llevaban, Carmen, poseída por el vértigo, seguía instigando al marqués y diciéndole:

—¡Más... más... Corre más!

El marcador del coche iba subiendo. De los cien pasó a los ciento diez, después a los ciento veinte, ciento treinta, hasta que llegó un momento en que marcaba los ciento cuarenta. Eran dos locos que se lanzaban, como si estuvieran poseídos por un deseo de suicidio. A lo lejos se veía el torpedó de Lozano que rápidamente iba siendo alcanzado por el coche del marqués, y esta proximidad que cada vez se hacía mayor, hacía que Carmen hostigara a su amante para que imprimiese más velocidad.

De pronto sucedió lo inevitable: al dar una curva, un falso viraje precipitó el coche por un terraplén, y en aquel instante supremo se dieron cuenta los dos de la locura que iban cometiendo. Mas ya era tarde para evitar la catástrofe, y el coche rodó por el terraplén, dando vueltas y tumbos.

Instantes después los coches que seguían al del marqués llegaron al lugar del accidente y fueron deteniéndose. Sus ocupantes bajaron de los vehículos y corrieron para auxiliar a los heridos.

Cuando llegaron a ellos, los dos cuerpos se hallaban ensangrentados e inertes. La muerte había debido ser instantánea, y Pepe Lozano, que había retrocedido al oír los gritos de sus compañeros, exclamó, vien-

do el rostro destigurado de Carmen:

—¡Pobre chica!

—¡Qué espanto! — exclamaron las mujeres.

—Y no es esto lo peor—comentó Lozano— ¿Habéis pensado en el escándalo?

—Es preciso que Elvira no se entere de nada—exclamó otro de los jueguistas.

—Sí—replicó Lozano—. Hay que inventar algo... Simulemos un choque, por ejemplo... Que no se sepa que han muerto juntos.

—Pero... ¿a quién le vas a convencer de que iban en distintos coches?—preguntó otro de los señoritos.

—Pues es necesario — insistió Lozano—. Hay que evitar que Elvira se entere.

Y poco después, aquella juega que había terminado con tan trágico final, procuraba mantenerse en secreto para evitar que una pobre mujer, una verdadera santa, tuviera el dolor de saberse engañada por su marido.

Mas, a pesar de todo, al cabo de algunos días Elvira, la marquesa de Rioblanco, supo la triste verdad de cómo había muerto su marido; conoció el engaño de que había sido víctima, y todo aquel gran amor que sintió por él que había sido su esposo se trocó en indiferencia. Su

marido había sido para ella un verdadero idolo, a quien amaba con verdadero frenesí. Era una verdadera idolatría, y al ver cómo aquel templo que ella había edificado en su pecho se desmoronaba, sintió la vergüenza de haber amado a un ser que no se lo merecía.

Recluida en su casa, rehuyó toda manifestación de duelo, pensando que mal podría demostrar un dolor

que, en vez de tal, era imitación por el engaño que había sufrido.

Alma generosa, plétorica de exquisiteces, poseída de una inteligencia privilegiada, la marquesa de Ricblanco supo encontrar la forma de no aparecer como víctima ante sus amistades, ni tampoco como dolorosa. Supo situarse en su sitio de señora y preocuparse únicamente del hijo que había quedado de aquel matrimonio.

UN VIEJO AMIGO

FUERON pasando los días, y la belleza de la marquesa de Rioblanco y sus millones atrajeron alrededor de ella una serie de aduladores y admiradores de los que ella supo librarse fácilmente. Ha sido tan grande su desilusión, que difícilmente podría dar crédito a ningún hombre. ¡Había creído tanto en aquel amor que llenó toda su vida que jamás creía podría encontrar otro que pudiera hacerla olvidar!

En estas circunstancias se hallaba, cuando un día la doncella le avisó de la llegada del doctor Fitero, antiguo amigo de la casa, persona de edad y en quien Elvira tenía una gran confianza.

Al saber que deseaba saludarla, inmediatamente le hizo pasar, y el doctor, tendiéndole los brazos pa-

ternalmente, la acogió en ellos exclamando vivamente emocionado:

—¡Hija mía!... ¡Elvira!

Ella le condujo dulcemente hasta un diván, se sentaron juntos y el doctor Fitero comenzó diciéndole:

—Estaba en Suiza cuando supe la noticia y...

Elvira no le dejó terminar y le dijo:

—Sabía que vendría usted y le aguardaba como se aguarda al mejor, al único amigo que nos queda en el mundo.

El doctor la acarició como si fuera una chiquilla, ya que de pequeña la había tenido en sus brazos, y le respondió:

—Gracias, hija... ¿No me guardas rencor?

—Al contrario—repuso sincera-

monte la joven marquesa—; usted me disputó a la muerte cuando nació... En mis primeros años de niñez, delicada, defendió usted mi vida y la amparó con su cariño de padre y su ciencia de sabio... y cuando ya mujer, en víspera de cometer un terrible disparate...

El doctor la atajó, procurando no ahondar la herida que sabía tenía en el corazón y la interrumpió diciéndole:

—No hablemos de eso, Elvira.

—Al contrario—insistió ella—. Es necesario que hable de ello. Usted se opuso con toda su fuerza a que cometiera tal locura. Invocó en vano los derechos que le daba su íntima amistad con la casa, en la que fuera usted el amigo y el doctor de tres generaciones. Pero yo quería con locura a Alfonso... y llegué a odiarle a usted... ¡a odiarle!

Se cubrió el rostro con las manos y no pudo impedir que las lágrimas bañaran su rostro de bellísimas facciones, hasta que el doctor, dulcemente, procuró tranquilizarla y la dijo:

—Pero, Elvirita, hija... ¿Por qué evocar tan tristes recuerdos?

—Porque tengo que hacerlo. Ahora, precisamente, es cuando tengo que reconocer que fui injusta con usted... Mi amor por Alfonso fué como un sol que, no sólo ilumi-

nó mi vida, sino que transformó todo lo que me rodeaba.

Sonó el timbre del teléfono y Elvira esperó a que cruzara el mayordomo para ponerse al habla en el aparato que estaba en el «hall», y cuando aquel hubo desaparecido continuó diciéndole:

—En ese accidente no sólo ha muerto Alfonso... Con él ha muerto mi verdad, lo más hermoso de mi alma. La fe que en ella encerraba, mi honrado concepto de la lealtad, mis creencias... Todo lo más noble de mi vida ha muerto... Nada queda en mí que no sea rencor, odio, desprecio para todo y para todos...

—Te queda tu hijo... Matito, vivo retrato de su padre—le reprochó dulcemente el doctor.

—Es verdad —suspiró Elvira—. Por eso, por ser su vivo retrato, le adoraba, y por eso tal vez llegué a odiarle.

—¡Elvira!—exclamó asustado el doctor.

Los dos guardaron silencio unos segundos. El doctor comprendía todo el dolor que sentía aquel corazón de mujer que había amado con tan ciega pasión, y al fin le preguntó:

—Pero, ¿cómo pudiste averiguar?

Ella se encogió de hombros y repuso:

—Ya sabe usted que nunca faltan almas caritativas para estos casos... Ahondando, ahondando, me enteré de todo... Sus relaciones anteriores a nuestro matrimonio, sus generosidades que explican el descenso de mi fortuna... ¡todo!... ¡todo!... ¡Su gran pasión!... ¡Qué asco! Y luego la complicidad de mis amigas, de mis íntimos... la vileza de una sociedad que vive la mentira y se recrea en su propia cobardía... ¡Asco!... ¡Asco! — terminó diciendo la marquesa — Ahora le comprendo a usted, ahora comprendo el desprecio que siempre sintió por nuestro mundo y le pido perdón.

—No seas niña, Elvira... ¿Quién no siguió, aunque fuese para su desgracia los mandatos del corazón?... Ahora, ¡sé fuerte! Eres joven aún! ¿Quién sabe lo que la vida te tiene reservado?

La marquesa de Rioblanco, como aquella persona que nada espera ya de la vida, se encogió de hombros y respondió displicentemente:

—Nada le pido... Por mi hijo aceptaré lo que me ofrezca; y con ello me contentaré sin exigirle nada más.

El doctor dió por terminada su

visita y se puso en pie; la misma marquesa salió a despedirlo, y cuando el mayordomo le entregó el sombrero, el bastón y los guantes, le dijo:

—No deje de venir a verme, doctor. Necesito tener a mi lado mis buenos amigos. Ahora más que nunca necesito de usted.

—Vendré, vendré, hijita — respondió el doctor —. Cuidate tú mucho y huye de ti misma y de la soledad. En estos casos la mejor medicina es el sol, la luz, la vida... Acuérdate, ¡LA VIDA!

Minutos después marchaba el doctor, y antes de que la marquesa pudiera volver a sus habitaciones se le acercó el mayordomo diciéndole:

—Señora marquesa: don Julián Rojas ha telefonado para preguntar si le podrán recibir esta mañana... No he querido estorbar su conversación con el doctor y...

—Está bien — exclamó Elvira —. Pida comunicación y dígame que le aguardo, y que puede venir cuando guste.

Y mientras el mayordomo iba a cumplir la orden, Elvira pensando en las palabras y el consejo del doctor entró en sus habitaciones, murmurando en voz baja:

—Tiene razón. La soledad es mala consejera en estos casos.

LA NUEVA ACTITUD DE LA MARQUESA DE RIOBLANCO

DOS horas después de la entrevista con el doctor, llegó a casa de la marquesa Julián Rojas. Mientras avisaban a la dueña de la casa, se quedó contemplando un retrato al óleo de Elvira, vestida en traje de «soirée». Iba vestido irreprochablemente como correspondía a su posición social. Era íntimo del difunto marqués y uno de los jueguistas que se hallaban con él, el día del accidente.

Al oír la voz de Elvira se volvió rápidamente y no pudo menos que mostrar en gesto la sorpresa que le causaba la aparición de la marquesa. El se la esperaba en plan de pésame, y su asombro no tenía límites al verla maravillosamente vestida en traje de «soirée», hábilmente ma-

quillada y sin que en su rostro hubiera la menor señal de lágrimas. Elvira de Avellanos, marquesa de Rioblanco, estaba en aquel instante verdaderamente deslumbrante. Ella comprendió la sorpresa que había causado en su visitante su actitud y tendiéndole las dos manos lo condujo hacia el mismo diván donde momentos antes había estado con el doctor, al mismo tiempo que le decía:

—¡Mi querido Julián!

Pero él seguía absorto mirándola, y ella sonriéndole femeninamente exclamó:

—¡No pongas esa cara, hombre!... No seas cursi... Pensaste que te encontrarías con una Dolores traspasada por los siete puñales y te encuentras con un crono a

tres tintas de la «Vie Parisienne», ¿verdad? Pero eso no es razón para poner esa cara de asustado... ¡Despierta, hombre, despierta!

Julián ante el giro que tomaba la conversación no pudo menos que lanzar uno de sus corrientes vocablos diciéndole:

—¡Chica, estás que chutas!

Elvira afectando admirablemente un tono alegre, cuyo esfuerzo pasó inadvertido para Julián, volvió a decirle:

—¡Bravo!... Tengo que estar muy bien para que olvides las leyes en un caso como éste... porque me figuro que estoy ante una visita de pórtamo. ¿No es eso?

Julián se dio cuenta de que su exclamación anterior no era la más propia para el objeto de su visita y trató de discursarse diciéndole:

—Perdóname, Elvira... Tú misma...

—Sí, chico, sí — exclamó ella —

¡No temas. Estoy decidida a saltarme a la torera todas las leyes de etiqueta y las otras... Quiero vivir!... ¡Quiero gozar!...

Julián la miraba cada vez más extrañado. Aquella fogosidad que jamás había él sospechado en Elvira lo dejaba atónito, y exclamó:

—Voy de sorpresa en sorpresa... No te conozco, Elvira. Tú, la esposa mística, la esposa modelo, ¿lan-

zada a tal tren?... ¡Es increíble... increíble!...

Elvira se levantó, irguiéndose ante Julián como si pretendiera mostrarle toda su belleza, ante el asombro cada vez mayor de éste, y siguió diciéndole:

—Sí, hijo, sí... Me debe mucho la vida y quiero cobrarme... Y tú te pintas solo para esta clase de programas... Me han dicho que has comprado un yate magnífico, que tienes en proyecto un viaje por el Mediterráneo... ¡Francia!... ¡Turquía!... ¿Me invitas?

Julián, influenciado por la belleza de Elvira, no pudo menos que exclamar:

—Me haces el hombre más feliz de la tierra... El timón de mi nave es tuyo.

—Admirable — terminó diciéndole ella—. Quiero jugar en Montecarlo, soñar en Italia, recordar en Grecia y despertar en el «Cuerno de Oro»... ¿No te encanta la idea de que nos vayamos al cuerno?

—Al cuerno y al infierno, llevándote por compañera — terminó diciéndole.

—Pues entonces haz los preparativos del viaje... Quanto antes mejor. Yo todo lo tengo listo. Tú eres el que tienes que dar ahora la voz de marcha. ¿Entendidos?

—¿Entendidos? — respondió Julián— Mañana mismo te avisaré.

Y cuando salió de casa de Elvira el joven aristócrata se preguntaba a sí mismo si era posible que aquella mujer fuera la misma que él había conocido hasta hacía unos días. Sonrió íntimamente pensando en su suerte por tener por compañera de excursión una mujer de la belleza de Elvira, y hasta llegó a hacerse ciertas ilusiones sobre aquel viaje y el modo de pensar de la viuda marquesa de Rioblanco.

Fueron pasando los años, pero cada día la prensa daba noticias de la joven viuda, cuya belleza triunfaba en el extranjero. En cuantas capitales visitaba su elegancia, su tren de vida y sus excentricidades daban lugar a que las columnas de los «Ecos de Sociedad» de los diarios se vieran siempre llenas del nombre de la marquesa de Rioblanco.

Así pasaron seis años, al cabo de los cuales Elvira sintió la nostalgia de la patria y volvió nuevamente a Madrid. Su llegada fué como un chispazo que electrificó al gran mundo madrileño, y los periódicos anunciaron su llegada con grandes titulares y daban cuenta de su vida fuera de la capital española diciendo:

«Elvira de Arellano, marquesa

viuda de Rioblanco, que acaba de regresar a España después de su ausencia de seis años, pasados en una intensa actividad social en los círculos elegantes de Londres, París, Viena y Montecarlo, ha salido para pasar el verano en su palacio de Bellavista, en la costa montañesa.

Mas no era solamente por pasar el verano por lo que la marquesa de Rioblanco había ido al palacio de Bellavista. Era sencillamente porque varios aristócratas habían pensado filmar una película y los exteriores tenían que tomarse allí. Pidieron el concurso de Elvira y ella se prestó inmediatamente a interpretar un papel. Era aquella una nueva distracción y la novedad la entusiasmó.

Trasladóse allí con toda su familia y sirvientes, y como es natural con su hijo Matito. Este, criado fuera de su madre, acostumbrado siempre a hacer su voluntad, sintiendo diariamente decir que era una fiera, se había convertido en ella, sin que hubiera poder humano que tuviera fuerza para poderlo dominar.

Los familiares estaban desesperados con él, su madre ya no sabía qué partido tomar, y los preceptores duraban un mes escasamente. Aquel niño, discolo, desobediente, capaz de todas las travesuras, era

el único motivo de preocupación de la marquesa, y por eso quería encontrar un profesor que se hiciera cargo de él y lo educase. Demasiado comprendía ella que la empresa era más que difícil, que era casi imposible, y por ello recurrió al doctor Fitero para que éste, dados sus conocimientos, buscara al hombre capaz de domar aquel carácter que no admitía más voluntad que la suya.

A los pocos días de hallarse en su palacio de Bellavista y mientras se preparaba para actuar en una escena de la película, en la que casi todos representaban ser gitanos (porque para algo era una película española), apareció la doncella llevando en una bandeja de plata una carta y diciéndole:

—Un joven ha traído esta carta y dice que viene en nombre del doctor Fitero y que espera contestación.

—¡Ah, sí! — exclamó Elvira, al mismo tiempo que entregaba la carta a su madre y le decía: — Es el nuevo preceptor de Matito. Es para ti, mamá.

La condesa, madre de Elvira, leyó el contenido de la carta y ordenó a la doncella:

—Páselo a la biblioteca, bajo en seguida.

Mientras tanto el nuevo precep-

tor esperaba en el «hall», verdaderamente extrañado de ver cruzar hombres y mujeres ataviados como los gitanos.

Era Alberto Manzanares López, el preceptor recomendado por el doctor Fitero, un joven de unos treinta años. Vestía modestamente, pero se advertía en él, signo de elegancia y delicadeza que no podía ocultar su situación. Era un tipo de hombre bien parecido, de facciones correctas y en cuya mirada se advertía un destello de sinceridad y nobleza inconfundibles.

Cuando más distraído estaba en la contemplación de todos aquellos personajes, apareció doña Manolita, tía de la marquesa de Rioblanco, señora chapada a la antigua y que tenía de la nobleza un concepto tan restringido como en desuso en los tiempos actuales. Al ver a Alberto se acercó a él haciéndole una ridícula reverencia de lo menos dos siglos atrás y le dijo a forma de saludo:

—Caballero...

—Señora—respondió con una leve inclinación de cabeza.

—Haga el favor de sentarse... Mi hermana ya sabe que está usted aquí y vendrá en seguida.

—Muchas gracias, señora, pero estoy bien así, de pie. No tengo prisa, ni quisiera ocasionar molestia alguna.

—¿Es usted el recomendado del doctor Fitero?

Alberto afirmó con un ligero movimiento de cabeza y doña Manolita siguió diciéndole:

—Entonces no hay más que hablar. Usted no sabe los que se han presentado estos días, pero como el doctor ya nos había anunciado su visita, mi hermana no ha querido comprometerse con nadie.

En aquel momento de la conversación apareció la doncella, y dirigiéndose a doña Manolita llamó su atención diciéndole:

—Señora, la llaman al teléfono.

Doña Manolita se puso en pie inmediatamente, diciéndole a Alberto antes de salir:

—Perdóneme usted... Mi hermana bajará en seguida.

—No faltaba más — respondió Alberto respetuosamente—. A los pies de usted, señora.

Volvió a quedar solo Alberto, y al poco rato apareció por una de las puertas un hombrecillo extravagantemente vestido, con botas de montar y jersey. Era el director de la película que se estaba filmando y el que se dirigió silenciosamente a Alberto, lo examinó con extrañeza por parte de éste, hasta que al final, dirigiéndose a la secretaria que lo seguía, le hizo una seña para que se acercase. Alberto veía todo esto

y pensaba si aquello no sería una casa de locos. Y por si algo le faltaba para aquella sospecha, el director comenzó diciéndole:

—Usted es el bandido que nos faltaba... Un poquitin viejo, pero no importa. Apúntale, Trudy, apúntale.

Trudy se acercó al sorprendido Alberto y le preguntó:

—¿Su nombre?

—Alberto Manzanares y López —respondió éste.

—¿Edad? — volvió a preguntarle la secretaria.

—Veintinueve años.

—¿Estatura y peso?

Alberto, cansado ya de tantas preguntas que él consideraba impertinentes, exclamó:

—Pero... señorita... ¿podría saber...?

—No tiene usted que saber nada. Vaya al jardín y que le den un traje.

Alberto los vio marchar y los siguió con la mirada hasta que desaparecieron hacia el jardín, cada vez más sorprendido de aquel recibimiento que era el que menos se esperaba él. Pero de pronto oyó que alguien se acercaba y se volvió rápidamente, encontrándose con la madre de Elvira. Hizo una ligera inclinación de cabeza y la saludó diciéndole:

—Señora...

La condesa le indicó una silla donde podía sentarse, y haciéndolo ella frente él, correspondió al saludo respondiendo:

—Señor Manzanares, permíteme que le hiciera esperar.

Y fijándose en él detenidamente, se dijo como si hablara consigo misma:

—Es usted muy joven... tal vez demasiado joven.

Alberto, que ya empezaba a estar cansado de tantos exámenes de su persona, no pudo contenerse y, dentro de la mayor corrección, exclamó:

—Hace unos instantes un caballero, después de decirme que era un bandido, me calificó de excesivamente viejo.

La condesa miró extrañada a Alberto y exclamó:

—¿Dice usted que un caballero le llamó bandido en esta casa?

—En efecto. Su secretaria, al parecer, me pidió el nombre, peso y talla, que hizo constar en un cuaderno, ordenándome antes de marchar que buscara un traje.

La condesa sonrió comprendiendo lo que significaba aquello, y se lo explicó diciéndole:

—¡Ah, ahora calgo!... Figúrese que esta casa se ha convertido de la noche a la mañana en el cuartel

general de una compañía de películas. Cosas de mi hijo Valerio y de Raimundo Ansúrez. Se les metió en la cabeza hacer una película con fines benéficos, claro está, y están rodando «Los siete niños de Ecija». Eso sí, una película muy española... Procesiones en Sevilla... tentaderos... corridas de toros... juergas flamencas... y ese caballero con quien usted tropezó es el director de la película.

—¿Extranjero?

—Alomán, claro está... En España ya sabrá usted que no hay directores... por lo menos eso aseguran los muchachos... Parece ser que nuestro clima tan propicio para los melones, no los produce de esta clase... Max Pfeifel se llama y parece ser que se trata de un genio del celuloide... Sin duda le ha tomado a usted por uno de tantos... Como todos están locos por aparecer en la película...

Alberto sonrió ante la explicación y respondió:

—Todo se explica, señora condesa.

—En fin — exclamó la condesa cambiando de conversación —. Dejemos esto. El doctor Fitero, su valedor, nos ha dado de usted los mejores informes. Por él sabrá usted lo que nosotros deseamos. Mi nieto, más que un maestro, lo que necesi-

sita es un educador, su educación está muy descuidada... Mi pobre hija, con el trastorno de su desgracia, supongo que el doctor le habrá puesto en antecedentes...

—Sí, de algo estoy enterado—interrumpió Alberto.

—Un escándalo, un verdadero escándalo y un inmenso dolor para esta pobre hija mía. Desde entonces mi hija ha vivido sin darse cuenta de cómo ha vivido. Por esto ha descuidado tanto la educación de su hijo, que ya es una verdadera vergüenza para todos. A los 12 años, no sabe leer ni escribir, su lenguaje deja mucho que desear y sus modales son francamente plebeyos... ¡Un horror, querido mío, un horror!

Mientras que la condesa y Alberto sostenían aquella conversación, en el jardín se filmaba una de las escenas de la película y Matito hacía también una de las suyas en compañía de otros chiquillos.

El director había colocado a los pretendidos artistas para actuar ante la cámara, y antes de empezar el rodaje dió la voz de «silencio», diciéndoles a continuación:

—¡Atención! Esta escena es muy importante.

Hizo sentar a dos hombres junto a una mujer, todos ellos de la aristocra-

cracia, y los continuó explicando la escena.

—Los dos hombres están a punto de arrojarse el uno sobre el otro, como dos tigres que se disputan la misma piltrafa. Tú eres la piltrafa—dijo señalando a la mujer.

—¡Oye, ¡O...!—protestó la indicada.

—Silencio!—ordenó nuevamente, y siguió la explicación:—Pepe Luis, o sea tú, Valerio, mira a Juan Gallardo, o sea tú, Mauricio, y exclama: «¿Quieres beber?» Y Juan Gallardo le contesta levantándose: «Quiero beber, sí, pero quiero beber tu sangre». Y al decir esto saca su navaja, Carmen, o sea tú, Genoveva, lanza un grito salvaje. Los dos hombres se entarzan en una lucha feroz, pero Pepe Luis domina a su adversario. Lo tiene cogido por la garganta contra una mesa, pero en el momento de asestar el golpe mortal, ¡zas!, la mesa cede... ¿Entendido? Pues mientras preparan la mesa haremos la escena.

Empezó la escena y Valerio comenzó diciéndole al que figuraba su rival:

—¿Quieres beber, Juan Gallardo?

—Quiero beber... sí—contestó el otro.

Mas apenas había terminado de decir la frase cuando sintió sobre él una lluvia torrencial, y era que Ma-

tito, junto con sus compañeros de diabluras, habían abie-to la manguera del jardín y habían enfocado a Valerio, que era su tío, poniéndole como una sopa.

Valerio al sentirse mojado sospechó en seguida que se trataba de Matito y exclamó indignado:

—¡Es una gracia de Matito! ¡Como lo pesque!

Y echó a correr tras el chiquillo, que se metió huyendo en la casa, y entrando estrepitosamente adonde estaba Alberto y la condesa, la que le decía en aquel momento:

—No le entretengo más. Ahora le acompañaré a sus habitaciones.

—A los pies de la señora condesa—respondió Alberto.

Al ir a salir la condesa y ver a Matito entrar corriendo perseguido de Valerio, exclamó:

—¡Matito!... ¡Valerio!... Pero, ¿qué es esto?

Valerio al darse cuenta de la presencia de su madre y de un extraño dejó de perseguir al niño y se acercó a ellos diciéndoles:

—Perdón, mamá... Discúlpeme, caballero.

—Pero, ¿qué pasa? — volvió a preguntar la condesa.

—Nada, mamá... Una nueva hazaña de este bárbaro... Ven aquí, Matito.

—No quiero, no quiero—respondió Matito.

—Verás, lo que ha pasado, mamá—siguió diciendo Valerio, quien en pocas palabras le refirió lo que había hecho su sobrino.

La condesa se llevó las manos a la cabeza y exclamó:

—¡Qué horror!... Perdóneme usted, don Alberto, que no les haya presentado. Este es mi hijo Valerio, aquí el señor, es el profesor de Matito.

El niño al oír que le iban a poner un profesor protestó gritando como siempre:

—No quiero, no quiero profesor.

—Le compadezco a usted, caballero—respondió Valerio.

—Ven, Matito—le ordenó la condesa— Ven y saluda a tu profesor.

—Yo no quiero profesor—replicó Matito—. Si me ponen profesor me escapo... Cojo una moto y me escapo.

La condesa se volvió a Alberto y, como si pidiera también su consentimiento, exclamó:

—Si es lo que yo digo. A este chico no habrá más remedio que meterle en Santa Rita.

—Prefiero ir a Santa Rita—volvió a contestar Matito—. No quie-

ro que me pongan profesor... No quiero, no quiero...

Alberto se creyó en el caso de intervenir ya como educador del niño y le preguntó amablemente:

—¿Cree que voy a ser malo con usted?

—A mí me importa un pepino si usted es malo o no... Yo soy peor.

—¡Matito!—le regañó la condesa y al ver que se acercaba su hija, señaló hacia donde venía, diciéndole:

—Mira, aquí viene tu madre.

El niño al ver a su madre corrió a refugiarse en ella, obligándola esta a acercarse al grupo donde estaba la condesa, que quiso referirle lo que había hecho Matito, y comenzó diciéndole:

—¡Ay, hija!... Esto no puede ser...

—Ya me han dicho la gracia de Matito... ¿Te parece esto a ti bien?

El niño ni siquiera se dignó contestar y la condesa presentó a Alberto diciéndole:

—Este señor es el recomendado del señor Fitero. Ya hemos hablado y estamos de acuerdo... ¿Te parece bien?

—Perfectamente, mamá.

Y dirigiéndose a Alberto le dijo compasivamente:

—Le compadezco a usted por tener que domesticar a esta fiera.

Obligó a acercarse a Matito para que le saludara, y el niño por todo saludo le dió un puntapié cuyo dolor acusó el gesto de Alberto, quien supo sobreponerse diciendo:

—Si hemos de ser muy buenos amigos.

Elvira que advirtió lo que había hecho su hijo, le regañó severamente diciéndole:

—Matito... ¿qué modales son esos?

—¡Qué salvaje!—exclamó Viterio.

—No ha sido nada—exclamó Alberto—. Seguramente ha sido sin querer.

Pero Matito, que se había fijado en las botas de su nuevo profesor, exclamó riéndose:

—Fíjase, tiene las botas rotas... ¡Tiene las botas rotas!

Todos los presentes sintieron una oleada de vergüenza ante la advertencia del niño, y Elvira, indignada, zarandó a su hijo diciéndole:

—¡Matito!... ¡Mal educado!... Perdónese usted, don Alberto.

—No hay de qué, señora—respondió el joven humildemente—. Todos sabemos lo que son los niños. «Cette âge sans pitié», ya lo dijo Lafontaine.

—Sin piedad, es cierto—afirmó Elvira.

Alberto al ver aparecer al criado

que había de acompañarlo, pidió permiso a Elvira para retirarse diciéndole:

—Con el permiso de ustedes.

—Si —dijo la condesa. Y dirigiéndose al criado le ordenó—: Acompañe al señor.

Al quedar solos la condesa dió rienda suelta a su indignación, exclamando:

—¡Qué sofoc!... ¡Qué vergüenza!... ¡Esto es imposible!... ¡No he visto doscientas pesetas mejor ganadas que las de este hombre!

Elvira miró algo extrañada a su madre y preguntó:

—¿Doscientas pesetas al mes?

—¿Te parece mucho?—preguntó la condesa.

—Todo lo contrario, mamá—res-

pondió Elvira— El mecánico gana trescientas y los gages.

—Si, ya lo sé... Pero, después de todo, tiene casa y comida. Para un joven honesto de buenas costumbres ya está bien... No sé en qué puede gastar doscientas pesetas...

—Os advierto que yo no quiero profesor — interrumpió Matito—. No quiero, no quiero.

—Dices bien—le contestó su tío, —Un desbravador es lo que deben traerte... ¡Qué bárbaro!... ¡Qué bárbaro!

Y repitiendo esta palabra salió de la estancia, dejando a solas a su hermana y a su madre para que cambiasen impresiones sobre el nuevo profesor.

LA PRIMERA LECCION

DURANTE toda aquella noche Alberto no hizo más que pensar en el nuevo alumno que el Destino ponía en sus manos. Mucho había estudiado y había practicado sobre la educación de los niños, pero todavía no había encontrado un caso parecido al de Matito. Empezaba a darse cuenta de que todo lo que le había dicho su valedor, el doctor Fitero, era cierto. Aquel niño era, como suele decirse en medicina, un caso desesperado. Mas para la voluntad de Alberto, para su vocación por su carrera, no había imposible y decidió conseguir no solamente la educación de Matito, sino incluso su niño.

Después de estos pensamientos, se acordó de su entrada en aquella casa. Fueron desfilando todos los

personajes a quienes había sido presentado y la imagen de Elvira apareció ante él nimbada de resplandores de exquisita belleza. Sonrió ante aquella admiración que le había producido, lo mismo que un pobre viandante admira una joya de gran valor expuesta en el escaparate de una joyería y que tiene la seguridad de que nunca ha de ser suya.

A la mañana siguiente estaba deshaciendo sus maletas cuando unos discretos golpes en la puerta le hicieron suspender su trabajo y dar la autorización para que entrara la persona que lo solicitaba. Era doña Manolita, quien venía acompañada de Matito, y le dijo:

—Buenos días, don Alberto...

Y al ver que el niño no decía nada, le ordenó:

—Saluda, Matito.

—¡Hola! — exclamó displicentemente Matito.

Doña Manolita miró a Alberto y exclamó suspirando:

—Pero, Jesús, qué cerrilísimo es... ¿Ha descansado usted bien?

—Perfectamente, señora — respondió Alberto.

—Pues aquí tiene usted a su discípulo, que desde este momento queda en sus manos. Mi sobrina quiso encerrarlo todo el día por la barrabasa de ayer, pero... nos ha prometido estudiar... En la biblioteca encontrará usted todo lo que desee... Yo, con su permiso, me retiro.

—A sus órdenes, señora — respondió Alberto.

Quedaron solos Alberto y Matito. Aquél estudiando a su discípulo, y éste mirando a su profesor con verdadera hostilidad. Era algo así como la fiera y el domador, que cada uno busca el medio o el modo de poder vencer a su adversario. Por fin Alberto se acercó a Matito y le preguntó:

—¿De modo que estás decidido a estudiar?

Un «no» seco fué la contestación del niño, que obligó a decir a su profesor:

—Pero ¿no habías prometido estudiar?

—Claro que sí... Si no lo prome-

to me encierran... Y no quiero perderme la fiesta de hoy por nada del mundo.

—¿Con que tenemos fiesta? — preguntó Alberto amablemente, intentando ganarse la confianza del chico.

—Sí — respondió Matito, sintiéndose más expósito —. La película esa que están haciendo. Esta tarde ruedan una gran escena flamenca. Todos mis tíos, mis tías... hasta mi madre estarán vestidos de flamencos. Ya verá, ya... Con el pretexto de la película se correrán el juergato padre, y yo a estudiar... ¡Ya están frescos.

—¿Te propones, pues, asistir a la fiesta? — le preguntó Alberto.

—Clarinete — exclamó castizamente el niño —. Yo también quiero divertirme... ¡Y tanto que me voy a divertir!... Ya lo verán.

Alberto sonrió al chiquillo y le dijo:

—Me estás exponiendo todo un plan revolucionario... ¿No temes que vaya con el cuento?

—No — respondió.

—¿Y por qué?

—Porque no... Yá ya me entiendo... los conozco a ustedes, los profesores, con sotana y sin sotana. Antes de convencerse de que conmigo pierden el tiempo, lo ensayan to-

do, pero es igual. Conmigo dan ustedes en hueso.

—Bien, bien—respondió Alberto, volviéndose hacia donde estaba su baúl y sacando de él un «punching-ball», el cual causó cierto asombro en Matito, que le preguntó:

—¿Cómo es que tiene usted un «punching-ball»?

—Es un recuerdo de familia—le contestó—; lo usaba mi abuela cuando se entrenaba para pelear con la cocinera.

Matito comprendió que aquello no era cierto y exclamó amoscado:

—¿Se está usted burlando de mí?

—No, Matito—le dijo él— Tu dijiste, hace un momento, que no tomarías ninguna lección de mí, y, ya ves... ya has tomado la primera.

—Es la única cosa que me gustaría aprender — respondió Matito, mientras que Alberto iba instalando el aparato— Me gustaría saber boxear.

Y en cuanto que quedó instalado empezó a dar puñetazos a la pelota, dejando que Alberto fuera colocando sobre la mesa unas construcciones de madera.

—¿A usted no le gusta el boxeo? —le preguntó.

Alberto, sin dejar de trabajar en sus construcciones, le respondió:

—¡Si de todo pudiera defenderse en la vida a puñetazos!...

—Pues a mí me gustaría ser muy fuerte, para que no me pudiera nadie — exclamó Matito acercándose al profesor y curioseando lo que hacía.

—Por fuertes que seamos—le dijo Alberto—, siempre hay alguien que puede más que nosotros.

—Será a traición — exclamó el chiquillo.

—Eso es, a traición... buenas o malas.

—¿Es que hay traiciones buenas?

—Sí, Matito... Puede haber traiciones buenas.

—¿Y qué es eso?

—¿Esto?—preguntó Alberto señalando los trozos de madera—. Esto lo inventó un hombre bueno, que se pasó toda la vida estudiando el corazón de los niños.

—¡Valiente primo! — comentó despectivamente Matito.

—Era mi padre — respondió tan enérgicamente Alberto que Matito no supo qué responder. Luego, dulcificando el tono, siguió diciéndole:— Fue maestro de escuela. Y mira lo que son las cosas... De todos sus discípulos, yo, su único hijo, era el peor... No quería estudiar ni pensar más que en divertirme y en jugar. Y como mi padre no creyó nunca en el adagio de que la letra con sangre entra, se ingenió y buscó el procedimiento para meter el

conocimiento en mi dura cabeza... Así nacieron estos trocitos de madera. Con ellos explotó mi padre mi afición a las construcciones, pero en vez de construir casas, castillos, puentes, construía las formas elementales de las matemáticas.

—Entonces, eso fué una traición —exclamó el chiquillo.

—Justo—le respondió Alberto—. Una traición... bueno.

Matito, que se había ido dejando llevar por su profesor, reaccionó prontamente y exclamó:

—¿Y cree usted que me voy a dejar engañar con esto?

Alberto adivinó la reacción del muchacho y le respondió:

—No, Matito... Si lo intentara, no te hubiese referido la historia de estos trocitos de madera. Y ahora vámonos a la Biblioteca a ver si estudiamos algo.

Mientras tanto, en otra sala de la casa, la condesa pedía el parecer de doña Manolita diciéndole:

—¿Qué te parece el nuevo profesor?

Doña Manolita hizo un gesto inexpressivo y respondió:

—No creo que tenga mucho carácter.

—No digo yo ese profesor—comentó la condesa—. Ni Catón el viejo haría carrera con mi nieto.

—Es que estos profesores par-

ticulares—murmuró doña Manolita—lo que quieren es estar a mesa y mantel y a su comodidad.

La conversació fué interrumpida por la llegada de Genoveva, hermana de Elvira, que saludó a su madre, que le preguntó extrañada de verla a aquella hora.

—¿Cómo tan temprano?

—Es que hemos adelantado una hora nuestra partida de golf. Como a las doce tenemos que estar preparadas para la gran escena.

—¡Dichosa película! —exclamó doña Manolita, a quien las cuestiones cinematográficas no le agradaban poco ni mucho.

—¿Y tu hermana?—preguntó la condesa.

—Ya está en el tenis, con Valerio y Mauricio. Mirar, aquí viene Ansúrez y Delfín.

En efecto, hacia donde ellas estaban se acercaba Ansúrez, seguido de Delfín. El primero de ellos era lo que se dice un nuevo rico, cargado de millones, quien por estar enamorado de Elvira, se había comprometido a pagar los gastos de aquella película, ya que de esa forma podía estar más tiempo al lado de ella, si bien es verdad que a la viuda jamás se le había ocurrido el pensar siquiera en llegar a ser la esposa de él.

Antes de llegar adonde estaban

las mujeres tomando el té, los dejó el director para hacerle una nueva petición de dinero, y mientras tanto las damas comentaron:

—Los dos hermanos siameses, como les llama todo el mundo — dijo Genoveva.

—Yo encuentro a Ansúrez tan ordinario como a Delfín, a pesar de todo su dinero — exclamó la condesa.

Genoveva protestó diciéndole:

—Ansúrez no es ordinario, mamá. Tiene toda la distinción moderna a la americana. Vosotras andáis todavía en la distinción a la europea, que data, como dicen ahora, «avant-guerre»; y me voy corriendo por que es tardísimo. Seguramente habrán acabado ya.

Al quedar solas las dos mujeres, la condesa, sin poder comprender la defensa que había hecho su hija de Ansúrez, exclamó:

—Ya lo ves... A Genoveva no le asustaría la idea de tener a Ansúrez por cuñado.

—Yo creo que tampoco le asustaría la idea de tenerlo por marido — comentó doña Manolita.

—¡Calla, por Dios! — exclamó asustada la condesa—. Yo tengo el criterio de que Ansúrez no es partido para ninguna de mis hijas.

—Pues a mí me consta — respondió doña Manolita, que nunca

se enteraba de nada—de que está enamorado de Elvira y que está dispuesto a casarse con ella... Pienso que Ansúrez es un hombre admitido en la mejor sociedad.

—Pues así y todo, no me convence.

—Con tal de que se deje vencer ella...

—Además, hay otra cosa—volvió a decirle la madre de Elvira—. Existe esa criatura, Matito... ¡Un padrastro para mi nieto!... ¡No, no y no!

Hasta ellas llegaron las voces del director de la película y de los que actuaban en ella, denotando que la filmación iba a empezar.

Los tramoyistas y empleados iban colocando cuanto hacía falta en la escena que se iba a rodar, y aquello pronto quedó convertido en un rincón del más puro casticismo.

Elvira se hallaba recostada sobre el brocal de un pozo artificial que se había colocado para rodar la escena, cuando se acercó a ella Ansúrez, que desde hacía tiempo iba de un lado a otro buscando la ocasión de acercarse.

—¿Cómo fué ese partido? — le preguntó al estar al lado de ella.

—Le hemos batido — respondió alegremente Elvira.

Ansúrez cuando se encontraba al lado de Elvira, a pesar de la con-

fianza que esta siempre le habia demostrado, se encontraba cohibido, sin saber cómo continuar la conversacion, y tuvo que ser Elvira la que la empezó de nuevo diciéndole:

—Tiene usted muy bien acotumbrado a Delfin.

Ansúrez, que sabia a lo que quería ella referirse, intentó disculparse diciéndole:

—¡Por Dios, Elvira...! ¿Es usted capaz de creer...?

Elvira lo atajó diciéndole:

—¿No comprende usted que todo eso es infantil?

—Tal vez lleve usted razón, Elvira — respondió Ansúrez —. Pero ya comprenderá usted que a un enamorado no se le puede pedir comprensión.

Ella movió la cabeza y suspiró al mismo tiempo que le decía:

—¿Qué lástima! No sé qué decirle... ¿Qué idea le ha dado a usted de estropear una buena amistad como la nuestra?

—¿Estropearla...? ¿Por qué?... Elvira, nosotros sabemos que hemos sido buenos amigos nada más. La gente, sin embargo, no lo cree así.

Elvira levantó la cabeza altivamente. Se advertía en su mirada el desprecio que le causaba el juicio de los demás y no pudo menos que expresarlo diciéndole:

—¡La gente!... ¡La gente!... ¿Qué importa la gente cuando una sabe que la gente no tiene razón? ¿Cree usted que nos hemos comprometido tanto?

Ansúrez no se atrevió a negar rotundamente y respondió:

—Todo el mundo comenta, murmura...

—Pero si a mí me tiene sin cuidado esas murmuraciones — respondió Elvira sin dar la menor importancia a las palabras de Ansúrez.

—No es sólo por usted — insistió él —, es por mí. Soy yo quien necesita justificarse ante la sociedad a la que usted pertenece y en la que yo no soy más que un advenedizo. Ante esa sociedad que no me perdonaría nunca el haber pretendido comprometer la reputación, hasta ahora intachable, de una señora como usted.

Elvira sonrió alegremente. No le importaba nada lo que aquella sociedad pudiera pensar de ella, puesto que tenía formado un criterio tan personalísimo, que solamente a su conciencia quería responder.

—¿Entonces es usted el que se cree comprometido? — preguntó —. ¿Es usted el que necesita la reparación de mi parte?... Eso sí que tiene gracia.

—¿Se ríe usted? — preguntó Ansúrez con digna seriedad.

—Me río, pero no me burlo, amigo Ansúrez— exclamó Elvira para evitar que su amigo creyese que era burla lo que tan solamente le causaba gracia—. Es que eso resulta algo nuevo, moderno... ¿De modo que usted cree que soy yo la que tiene la obligación de ofrecerle mi mano?

—Si yo creyera que era eso para usted un sacrificio—insistió Ansúrez—, ni siquiera se lo propondría. Pero usted sabe lo que es usted para mí. Mi vida no tendría razón de ser si faltara usted en ella.

—¿Su vida?—preguntó Elvira—. ¿Y qué es su vida? Excursiones, fiestas, cabarets y casinos.

—Pero usted sabe que antes cambiaba algo en mi vida con frecuencia, y ahora ha sido usted siempre todos los días. Elvira, yo quisiera que fuera su corazón el que decidiera sin pensar.

Elvira adoptó un gesto de mayor

seriedad ante la insistencia de Ansúrez y le respondió:

—Es que las decisiones del corazón son las más peligrosas y hay que pensarlas más.

Ansúrez creyó ver en aquellas palabras una esperanza, y acogido a ellas se apresuró a preguntarle:

—Pero si su corazón tuviera que hablar... Así de pronto... Ahora mismo... ¿Qué podría decir?

Ansúrez, sin darse cuenta, había cogido la mano de Elvira y la acariciaba amorosamente, hasta que ésta la retiró diciéndole:

—¿Dice usted que ahora mismo? Pues le diría que estoy muy asustada, no puedo decir otra cosa, que estoy muy asustada.

Se apartó de él, sin que Ansúrez pudiera retenerla más tiempo, y se reunió con otro grupo entre los que ya empezaba a notar su falta, puesto que el rodaje de la escena había dado comienzo.

UNA DIABLURA DE MATITO

AQUELLA tarde se hallaba Matito en la Biblioteca jugando con los trozos de madera y con una locomotora que había traído su profesor, cuando de pronto se vió interrumpido por un fuerte silbido. Se asomó a la ventana y, al no ver a nadie, respondió con otro silbido. Inmediatamente después aparecieron de entre los árboles tres o cuatro chiquillos. Matito saltó por la ventana y se reunió a ellos. Uno de éstos le preguntó, como si le compadeciera:

—¿Te hacían estudiar?

—¿A mí?... Estás loco.

—Y el nuevo profesor—preguntó otro de ellos.

—Un pelmazo—respondió Matito.

—¿Peor que los otros?—inquirió otro de los niños.

Matito se encogió de hombros y exclamó:

—Ni mejor ni peor... Es otra cosa... Se trae sus trucos, pero... a mí...

Y se llevó el índice al párpado inferior para demostrar que él tenía pupila y que no era fácil engañarle con aquellos trucos.

—Oye, tú, Manolo—dijo uno de los chiquillos—, explícale lo que hemos visto.

—Hemos visto que al lado del garaje han puesto un cajón muy grande, y, ¿a qué no adivinas lo que hay dentro...? Es una cosa que corre y que hace ¡mu!... ¡mu!...

—Ya lo sé—exclamó Matito—: un Citroën.

—No, hombre, no. Un toro;

—¿Muy grande?

—Regular de grande, pero los cuernos sí que los tiene grandes. Ven a verlo. Hay una mirilla por donde se puede ver.

—Ahora, no—respondió Matito.—Tengo que salir con don Alberto a dar un paseo en automóvil... Ideas de mi abuela, que no quiere que yo esté aquí cuando rueden la escena de la fiesta. Pero con vosotros voy a hacer una cosa... Escuchad.

Los reunió a todos junto a él, y en voz baja, como si temiera que alguien le oyese, les dio las instrucciones de lo que habían de hacer durante su ausencia.

Al oír voces que se acercaban, cada uno corrió a ocultarse y Matito volvió a entrar nuevamente para que nadie sospechase la conversación que había tenido con sus compañeros.

Unas horas después, Matito acompañado de su profesor subieron al coche que había de llevarlos a paseo, y Valerio al ver la seriedad de Matito y que sin ninguna protesta aceptaba la orden de marchar, le dijo a su hermana:

—Esa resignación de Matito no presagia nada bueno... Conozco a ese bárbaro.

—No temas—le respondió Genoveva—; el mecánico tiene orden de

no detenerse hasta la Caleta, o sea a dos horas de aquí.

—No sé—insistió Valerio—, pero le tengo verdadero pánico a ese chiquillo.

Entró Ansúrez, acompañado de la condesa y de doña Manolita, a quienes ofreció seguidamente una silla, diciéndoles:

—Aquí estarán muy bien y podrán verlo todo... Vamos a empezar en seguida... Con permiso.

—No se preocupe por nosotras—le dijo la condesa aceptando el asiento y dándole permiso para marchar.

Poco después comenzó el rodaje de la película, mientras que Matito y Alberto, siguiendo las instrucciones que había recibido, iban en el auto dando un paseo. El profesor al ver el silencio del niño le preguntó cariñosamente:

—¿Se puede saber en qué piensas?

El niño se volvió airadamente hacia su profesor y le contestó con su acostumbrada actitud:

—¿Le importa a usted mucho?

—Hombre, sí... Quiero que seamos amigos.

—Pues yo no quiero... no quiero ser su amigo.

Apenas habían andado un kilómetro más, cuando en el centro de la carretera encontraron tendida a



- Pero ¿no me habías
prometido estudiar?



Elvira, la marquesa de
Riolanco.



-No quiero, no quiero.



Allí se tomaban los ex-
teriores de la película.



- ¿Venís a la fiesta?



- ¡Manos arriba!



- ¡No se va!... ¡No se va!



- ¿Quieres que continúe-
mos nuestro paseo?



- Le quiero porque él me quiere a mí.

Las decisiones del corazón son las más peligrosas.



- Hoy comerás en la mesa conmigo.



- ¡Salvase quien pueda!



-¿Te encuentras bien?

Todos actuaban de ar-
tistas.



Alberio se portó como un
verdadero aristócrata.



Todos ellos quedaron
sorprendidos de su ele-
gancia.

una niña, que era una de las que formaba parte de la pandilla de Matito. Este, que sabía de qué se trataba, no hizo el menor ademán, pero Alberto, al darse cuenta de que el coche iba a atropellarla, ordenó al chofer:

—Para... Para... ¿Qué es eso?

Bajaron inmediatamente del coche Alberto y el chofer, y Matito aprovechó aquel momento para unirse a los demás chiquillos que habían estado ocultos esperando que aquél descendiese del auto, y juntos huyeron campo traviesa, sin que el profesor se diera cuenta de ello, hasta que la niña se desprendió de sus brazos y echó a correr, riéndose de la burla de que había hecho objeto al joven. Este se volvió a buscar a Matito, sospechando que todo aquello era obra de él, y al verle correr con los otros subió al coche y le dijo:

—¡Tenemos que cogerlos!

—Es inútil—le dijo el chofer al ver que los chiquillos se tiraban por un terraplén—. Son cabras monteses... Conocen todos los vericuetos y hará usted el ridículo... Antes de veinte minutos están en Bellavista.

—Pues tenemos que llegar antes que ellos —exclamó Alberto, pensando en que algo y no bueno habían ideado aquellos diablos.

Gracias a la prontitud con que

regresaron, momentos después se encontraban en Bellavista, cuando se hallaban en pleno rodaje.

Los que estaban allí, al ver entrar a Alberto tan agitado se acercaron a él y el profesor dió cuenta de la escapada de Matito. La condesa se llevó las manos a la cabeza, temiendo todo lo peor de su nieto, y dirigiéndose al profesor le dijo severamente:

—Usted, don Alberto, no le ha sido posible...

—Yo, señora—se excusó tímidamente Alberto.

—Está bien. Le ruego que dé órdenes para impedir que se acerquen y que apenas llegue lo encierren en su habitación.

Siguiéron nuevamente rodando la escena, sin que ninguno se diera cuenta de la presencia de Matito y sus amigos, que permanecían ocultos, diciéndoles aquél a éstos:

—Ya veréis lo que nos vamos a divertir... Esta escena va a ser la más bonita.

Se llevó a sus amigos del lugar en que estaban y les preguntó:

—¿Dónde está el toro?

—Aquí, en este cajón.

—Pues manos a la obra—repuso Matito.

Y, en efecto, segundos después el novillo irrumpió en donde estaban los artistas, causando el espanto de

todas las mujeres y no pocos empujones de los hombres.

Mientras que todo este jaleo pasaba en donde iba a desarrollarse la gran escena de la película, los niños, una vez realizada su hazaña, echaron a correr antes de caer en manos de sus víctimas.

Aquel acto de Matito tuvo sus graves consecuencias, o por lo menos anunciaba tenerlas para él.

Aquella noche tuvo un consejo de familia sus parientes y en él se acordó enviar a Matito a Santa Rita. El único que no parecía estar muy conforme era su tío Valerio, quien después de oír a todos preguntó:

—¿De modo que estáis de acuerdo?

—Creo que no hay otro camino —respondió su abuela, la condesa y madre de Elvira.

—Los padres de Santa Rita tienen la mano dura—exclamó doña Manolita.

—Yo creo que son los únicos para domar fieras—expresó de mal humor Valerio.

—¿Y usted qué opina, amigo An-súrez?—preguntó Elvira a su continuo pretendiente.

Este al verse sometido a una pregunta en la que no sabía si molestaría los sentimientos de Elvira, no quiso aventurarse a una respuesta definitiva y respondió:

—Ya sabe usted, Elvira, cuáles son mis sentimientos con respecto a usted y a su hijo. No sé qué decir... Si no hay otro remedio...

La condesa quiso dar por resuelto el asunto y ordenó a un criado que hiciese comparecer a Alberto, quien poco después se presentó a la condesa, que comenzó diciéndole:

—Le he mandado llamar, don Alberto, porque dada la resolución que acabamos de tomar con respecto a Matito, sus servicios no son necesarios... Considérese, pues, libre de todo compromiso... Desde luego, puede usted contar con el sueldo íntegro del mes corriente y con otro de indemnización.

Alberto respetuosamente, pero con gran dignidad, respondió:

—Le ruego, señora condesa, que no tome usted a mal, pero no aceptaré indemnización alguna. Mi único sentimiento es haber fracasado.

Doña Manolita, con su afán de arreglar todas las cosas, intervino diciéndole:

—No sea usted así, joven. Cualquiera en su lugar hubiera fracasado lo mismo... Con ese niño no hay otros argumentos que los que de modo contundente emplean los padres de Santa Rita.

Alberto al ver lo que pensaban

hacer con Matito, exclamó alarmado:

—¿Es posible?... ¿Pero es que piensan ustedes mandarlo a Santa Rita?

—¿No le parece a usted bien?— preguntó irónicamente doña Mariolita.

Alberto, sin darse cuenta de lo que iba a decir y dejándose llevar por su primer impulso, exclamó:

—¡Me parece monstruoso!

—¡Don Alberto! — exclamó, llamándole la atención, la condesa.

—Perdóneme, señora — respondió Alberto—, pero es que no pude dominarme. Beso a ustedes los pies.

Sin embargo, aquella exclamación no había caído en el vacío. Elvira, al fin madre, y a quien no le satisfacía la idea de separarse de su hijo, lo detuvo diciéndole:

—Un momento, don Alberto. Yo también he oído sus últimas palabras. Usted califica de monstruosa la decisión de mandar a mi hijo a Santa Rita... Usted cree que a pesar del fracaso, por usted mismo reconocido, Matito no necesita ser reformado.

Alberto miró serenamente a Elvira. No perdió un instante su posición y respondió con pleno convencimiento:

—Es que Santa Rita, señora, no reforma... deforma. El concepto

que ustedes tienen del tal reformatorio se apoya en una invención sostenida por los muchos que no supieron cumplir con su deber. Se podrían aceptar estos reformatorios para los niños si antes los padres hubieran sido reformados.

Ansúrez se creyó en el caso de salir al paso de lo que él creía un atrevimiento del profesor y exclamó:

—Amigo mío, creo que va usted demasiado lejos.

Pero aquella réplica enérgica, valiente y decidida de Alberto había producido su efecto en Elvira que, por primera vez, se fijó detenidamente en el profesor. Quiso impedir que su pretendiente siguiera defendiéndola y le dijo:

—Permítame, Ansúrez...

Y dirigiéndose a Alberto continuó:

—Me interesa su observación sobre los padres que no saben cumplir con su deber.

Alberto creyéndose fuera de su lugar y expuesto a las iras de cuantos estaban presentes, quiso disculparse diciéndole:

—Yo le ruego, señora, que me permita retirar...

—De ningún modo— insistió Elvira—. Ha dicho usted demasiado y creo que puedo exigirle que complete usted su pensamiento.

—

Alberto, ante el gesto de Elvira, no supo negarse y le dijo:

—Tal vez sea preferible que me explique y vea en mis palabras más que una observación un ruego. No manden a Matito a Santa Rita... Tomen otro profesor más enérgico que yo... y sobre todo, en adelante, no motejen al niño de continuo de fiero y de salvaje... No se anticipen ustedes a sus travesuras previniéndole: «¿A ver qué haces? Ya harás alguna de las tuyas... No harás nada bueno...» Es natural condición humana afirmar nuestra personalidad. Si el niño comprende que lo sobresaliente en él es ser malo, procurará serlo cada vez más.

Elvira no perdía una sola palabra de cuanto le decía Alberto, quien al verse escuchado de esta forma siguió diciéndole:

—Muchas veces el que nos crea mejores de lo que somos, nos obliga a serlo. Es preciso conceder crédito de bondad y de inteligencia. Si no temiese molestar a usted, señora, me permitiría contarle algo que oí muchas veces contar a mi padre, que era un gran educador.

—Cuente usted. Me interesa mucho—exclamó Elvira, que tenía sus cinco sentidos pendientes de las palabras de Alberto.

—Pues verá usted. Contaba mi

padre que a una amiga suya, desgraciadísima en toda su persona, se le ocurrió hacerse retratar por un pintor glorioso. El pintor no era, por fortuna, un pintor realista, y ante tan desdichado modelo, dió rienda suelta a su fantasía, y el resultado fue el retrato de una mujer hermosa que en nada se parecía al modelo... Y aquí entra el milagro que mi padre refería. Aquella mujer, tan desgraciado modelo para su retrato, halló en él su mejor modelo, y por arte de composturas de asimilación, de magia, si se quiere, con asombro de todos, consiguió llegar a parecerse a su retrato, que si antes dió que reír a todos, ya no los parecía tan distinto de la realidad primera... Pues, esta historia del retrato favorecido es todo un sistema de educación... ¿No lo creen ustedes?

—Sí, está muy bien todo eso que usted ha dicho, pero me imagino que en los días que ha estado usted en contacto con mi hijo, se habrá podido convencer de la inutilidad de ese sistema u otro.

—No, no me he convencido—respondió resueltamente Alberto—. Por otra parte, me permito hacerle observar que yo solo no podría conseguir nada, es decir, yo solo acaso conseguiría más.

La observación del joven profe-

sor fué tan precisa que Elvira se sintió molesta. Tuvo un primer impulso de despedir a Alberto, pero aun supo contenerse por algo que ni aun ella se lo hubiera podido explicar y se limitó a decir:

—Le haré a usted el favor de no comprender lo que quiere decirme.

Sin embargo, Alberto, sin desistir de su empeño de librar al niño de ir al reformatorio, le dijo:

—Yo desearía que la señora marquesa lo comprendiese perfectamente.

—Le advierto a usted—le contestó la marquesa ante la insistencia de Alberto y extrañada de aquella energía que ella no hubiera creído en él—que le trajimos a usted para educar al niño, no pretenderá usted educarnos a nosotros...

Ansúrez se creyó nuevamente en el caso de intervenir y exclamó indignado:

—Yo no puedo tolerar que en mi presencia...

—Y yo le suplico, Raimundo, que no lo tome tan a pecho—le dijo Elvira.

Doña Manolita también se sintió molesta por el tono del profesor, y exclamó cuando éste se hubo retirado después de una ligera inclinación de cabeza a Elvira:

—Es más soberbio el hombre de lo que yo me imaginaba.

—Has hecho mal, Elvira, en darle pie para que nos soltase todas esas insiencias — dijo la madre de la marquesa.

Sin embargo, Valerio, su otro hijo, que pensaba con más claridad que todo el resto de sus familiares, intervino y les dijo encogiéndose de hombros:

—Yo no pienso así, mamá. La verdad es que el maestrito nos ha espetado verdades como puños.

—Yo pienso también como tú, Valerio—dijo Elvira cabizbaja.

—¡Pero, Elvira...!—exclamó Ansúrez.

—¿Estás loca, hija? — exclamó también su madre.

—No, mamá — insistió Elvira—. Creo que don Alberto tiene razón. Nos chocó la forma ruda que ha tenido al expresarse. No le obliga como a nosotros un buen tono... Pero, ¿qué duda cabe... Tiene razón y quiero darle una nueva oportunidad.

—Me parece muy bien—le aconsejó su hermano Valerio—. Después de todo Matito no es malo. Todo lo más un bárbaro que tiene mucha gracia y nada más.

—Y el ojito derecho del tío—replicó su hermana Genoveva, molesta por la defensa que hacían del profesor.

Pasaron algunos días. Elvira, de-

jándose llevar por los consejos del profesor, comenzó a hacerse cargo de que era madre y de que tenía un hijo de quien cuidar, y esto dió por resultado el de que muchas veces coincidieran en los paseos con Alberto y empezase entre ellos cierta amistad que iba disminuyendo la distancia en que estaba el uno de la otra.

Una mañana, al pie de la escalinata del palacio de Buenavista, se detuvo el coche del doctor Fitero, y al enterarse la condesa de su llegada, corrió a saludarlo acompañada de su hermana.

—Querida María — exclamó el doctor besando la mano de la condesa y saludando después a su hermana.

—Eres un ingrato, Fitero—le reprochó la condesa.

—Nos tienes abandonadas — se quejó doña Manolita.

—Es que estoy muy ocupado—se disculpó el doctor—. Y como sé que gozáis de perfecta salud...

—Sí... sí... Bueno eres tú—respondió la condesa.

—¿Y Elvira?—preguntó el doctor.

—Salió a dar un paseo con Ansúrez—le dijo la condesa.

—¿Ansúrez?... ¡Ah, ya sé quién es!... El de los millones.

En esto entró Valerio y también

se apresuró a saludarle diciéndolo:

—Queridísimo doctor.

—Hola, Valerio, hijo—respondió paternalmente el médico— ¿Qué, cuándo te decides a trabajar en algo?

—¡Pero si ya trabajo!—exclamó Valerio—. Hago una película.

El doctor miró a las dos damas, y la madre de Valerio le explicó:

—Sí, desde hace un mes, tiene convertida esta casa en un estudio de Hollywood.

—¿Y Matito?—preguntó el doctor, a quien no le interesaba nada de cuanto se relacionase con el celuloide.

—Se ha ido con el preceptor a pasear un rato.

—¿Y qué tal?... ¿Qué tal Alberto...? ¿Se porta bien nuestro hombre?

Y al ver las caras de los tres familiares, preguntó extrañado:

—¿Qué...? ¿Ha pasado algo?

—Casi nada—le explicó Valerio, que era más francote que ninguno de ellos—. Que a los pocos días de estar aquí, le despedimos como a un cochero, que el hombre se nos planta, nos suelta cuatro verdades como cuatro monumentos y que, finalmente, tenemos que suplicarle, casi de rodillas, que se quede.

—No le disculpes—protestó su

madre— Estuvo francamente incorrecto.

Y dirigiéndose al doctor le dijo:

—De no haber pesado tu recomendación en mi ánimo... Ya ves... nos llegó a decir que en vez de reformar a los hijos, a quienes habría que reformar era a los padres...

—Es que hay que decirlo todo, mamá—quiso aclarar Valerio—. Hemos acordado mandar a Matito a Santa Rita.

El doctor se echó a reír cuando oyó aquello y exclamó:

—Comprendido... Y os puso de vuelta y media, ¿verdad?... ¡Naturalmente!

La condesa creyó que el doctor estaba bromeando; y para darle más importancia a lo que había pasado le respondió:

—Tú ahora hablas en broma.

—Nada de eso—insistió el doctor—. Quedándose Alberto os ha hecho un gran honor. No lo dudéis... ¡Un gran honor!

—A que va a resultar que es el protagonista de «La novela de un joven pobre» un noble arruinado...

El doctor adoptando un gesto de seriedad les respondió:

—Alberto es algo más raro que todo eso... Alberto es un hombre honrado.

—¿Y eso lo encuentras raro...?

—preguntó la condesa.

—¿En estos tiempos...? ¡Ya lo creo!

Siguieron hablando del preceptor y del alumno, mientras que éstos dos se hallaban en otro lado del jardín repasando unas lecciones de aritmética. Matito se desesperaba consigo mismo, hasta que finalmente acudió a su profesor diciéndole:

—Nada, don Alberto, no me sale...

—Prueba otra vez—le dijo Alberto cariñosamente.

—Es que usted me está mirando y comprendo que se aburre como una ostra—exclamó Matito.

—Yo no me aburro—le contestó Alberto cariñosamente.

—Sí que se aburre—insistió el chiquillo—. Y, además, que sé lo que está usted pensando de mí... Que soy muy bruto.

—No pienso nada de eso, Matito... Pero, si quieres, te dejaré unos momentos solo.

—¿Y no tiene usted miedo de que me escape o me vaya a jugar con la pandilla?—preguntó extrañado el chiquillo de tanta confianza.

—No—respondió secamente Alberto, al mismo tiempo que se apartaba del jardín para dejar en libertad al pequeño.

Al poco rato de quedar solo oyó un silbido y apresuradamente arrojó el papel en que hacía números

para que no le vieran estudiar, pero los chiquillos que habían trepado por la muralla del jardín ya lo habían visto y uno de ellos le dijo burlescamente:

—Estudiando, ¿eh?

—No... dibujo—respondió avergonzado Matito, pues para ellos el estudiar era la mayor vergüenza que podían sufrir.

—Lo que estabas es haciendo números—le dijo otro de los muchachos.

—¿Vienes con nosotros?—le preguntó un tercero.

—¿Adónde vas?

—A la Cala Honda—le dijo—. Hacemos concursos... Esta es la arbitra.

Y señaló para la misma niña que le sirvió en otra ocasión para escaparse en la carretera.

—Yo siempre gano — exclamó uno de ellos.

—Menos ayer que gané yo — exclamó otro.

—Pero fué porque me dió un calambre y no pude nadar bien—explicó el que había perdido el día anterior.

—Pues yo os ganaré a todos—replicó Matito, olvidándose de sus buenos propósitos de no escapar.

—Si fuera a poner números en un papel, no digo que no—le dijo

burlándose de él otro chiquillo—. ¿Vienes o no?

—No tengo traje de baño—se excusó Matito para librarse de ellos.

—Anda éste—exclamó el otro—. Como si para nadar se necesitase traje de baño.

—Es que hay señoras—replicó Matito, fijándose en la niña.

—Lo que hay es canguelo—contestó el que le incitaba.

Matito, con el puño cerrado, se dirigió hacia el chiquillo que le molestaba de miedoso; mas al ver que se acercaba su preceptor se apartó del chiquillo y le despreció majestuosamente. Pero los otros, valiéndose de la superioridad de su clase y de su desvergüenza, al ver a don Alberto comenzaron a gritar desde lejos:

—¡El maestro Juan Palmeta tiene un siete en la chaqueta!

Matito arrojó rabiosamente el lápiz y los papeles que aun quedaban sobre el banco en que estaba y exclamó irritado.

—¡Ya está!... ¡No quiero, no quiero estudiar!

Alberto comprendió lo que pasaba en el interior de Matito. Comprendía la lucha que estaba llevando a cabo y le dijo sonriéndole cariñosamente:

—Bueno... No estudies... ¿Quieres que charlemos un rato?

—No quiero, no quiero charlar con usted.

—Como quieras, Matito. Pasea-remos.

Comenzaron a andar unos pasos, hasta que por fin Matito, en uno de aquellos arranques tan propio en él se encará con su profesor y le preguntó:

—Don Alberto, ¿verdad que soy un zoquete?

Alberto se echó a reír y le respondió pasándole una mano por la cabeza:

—No, Matito... No eres un zoquete... Te doy mi palabra de honor... Lo que te pasa es que tienes demasiada imaginación, muy poca paciencia y una exagerada dosis de orgullo... Todo eso combinado te impide ser benévolo con la ciencia de los números, como tú la llamas, una ciencia que exige mucha calma, mucha concentración y mucha humildad.

—¿Humildad? — preguntó Matito extrañado.

—Sí, Matito — siguió diciéndole el profesor — esa ciencia maravillosa que tu desdén al penetrar todos los secretos de la Naturaleza y asomarse al Espacio Infinito en el que se cuelgan estrellas y constelaciones inmensas, le hace ver al

hombre su pequeñez, su insignificancia y lo absurdo y ridículo de sus apetitos pasionales.

Matito escuchaba en silencio las palabras de su profesor, pero pronto su orgullo de raza renació otra vez en él y exclamó:

—Usted dirá lo que quiera; pero a mí no me entran los números... Yo quiero ser lo que mi abuelo... ¡Militar!... Para enfrentarse con el enemigo y liarse con él a tiros y para eso no se necesitan matemáticas.

—Estás equivocado — le dijo sonriendo Alberto — Para liarse a tiros como tú dices, es necesario saber matemáticas... ¿Ves aquella ermita que se levanta en la cumbre? Pues figúrate que en ella tienes al enemigo, y que tú mandas una batería emplazada en este lugar... ¿Qué harías tú para batir aquel lejano enemigo?

—Pues muy sencillo — exclamó el niño —; apunto a la ermita y ¡pum! al primer tiro la hago polvo.

—Al primer tiro, y apuntando como lo hiciste, lo único que conseguirías es hacer polvo aquella alquería que se encuentra a un centenar de metros por debajo de tu objetivo... No, Matito, no. Para hacer blanco necesitas hacer un complicado cálculo que es lo que te enseñan las matemáticas.

Hablando de estas cosas llegaron

adonde estaban los familiares del niño, que continuaban rodando una escena de la película y Valerio al ver a su sobrino gritó:

—¡Arrea! ¡Mirar quién está aquí!

Elvira se acercó adonde estaba su hijo y el profesor, y después de que el niño la besó cariñosamente, cosa que antes no hacía, le preguntó a Alberto:

—¿Qué tal se porta nuestro hombrécito?

—No tengo de él ninguna queja —respondió el profesor.

El director de la película, al ver al pequeño allí, era tal el pánico que le inspiraba que salió corriendo al mismo tiempo que decía en un mal castellano:

—Salve el que pueda... Yo no querer más toros.

Valerio, que siempre estaba a punto de defender a su sobrino, procuró calmarlo diciéndoles a todos los reunidos:

—No exageréis... Matito es ahora una persona formal... Milagro éste que debemos a don Alberto.

El profesor acarició la cabeza del niño que se estrechó a él y le dijo:

—¿Qué te parece, Matito? Ya te tienen por persona formal... ¿Quieres que continuemos nuestro paseo?

Elvira intervino. Quería tener a su hijo junto a ella. Poco a poco se

iba sintiendo cada vez más madre, y le suplicó al profesor:

—Déjele, don Alberto.

—Como quiera, señora—respondió Alberto haciendo una débil inclinación de cabeza.

Ansúrez, a quien no le era nada de simpático el maestrillo, como él le llamaba, se acercó al grupo donde estaba Elvira con su hijo y el profesor, y le dijo a aquélla:

—¡Elvira!... Se está usted perdiendo lo mejor.

Pero Elvira, en vez de marchar sola, como hubiera sido el deseo de Ansúrez, llamó al profesor diciéndole:

—Venga usted, don Alberto. Veremos cómo ruedan esa escena... Vamos, Matito.

—No quiero, no quiero—respondió el niño agarrándose a su profesor.— No me interesa la película.

Ante aquella negativa, Elvira volvió nuevamente a ser la de siempre, y protestó rechazando a su hijo:

—A ti lo único que te interesa es estar siempre desagradable con tu madre.

—Señora... es que...—intervino Alberto, para evitar el disgusto que necesariamente había de causar en Elvira la negativa de su hijo.

—Déjele, don Alberto — cortó ella rápidamente.— Si fuéramos a

estar preocupados por los enfados del dichoso niño. Adiós.

Alberto quedó solo, distraído con la filmación de la escena, y este momento fué aprovechado por el niño para tomar una determinación rápida. Saltó por la empalizada y huyó a campo traviesa, buscando a sus amigos, que sabía estaban en la playa. Mas, poco rato pasó sin que Alberto se diera cuenta de la desaparición del niño e inmediatamente salió en su busca, sin decir nada a nadie. Mientras tanto Matito había llegado a la playa corriendo y sudoroso. Al ver a sus amigos les gritó:

—Esperad... esperad...

—Ya está aquí Matito—gritó la niña.

—Date prisa—le dijo otro de los chiquillos.

Matito, en un segundo, quedó desnudo y se alineó adonde estaban sus amigos, dispuestos para lanzarse al agua. Mas, en aquel momento, una enorme ola llegó hasta la roca donde estaban los chiquillos y arrastró a Matito. Fué un momento en el que los demás niños quedaron aterrados al ver el peligro que corría Matito. Este casi sin fuerzas se debatía para poder permanecer a flote.

Alberto lo vió todo y corrió alocadamente hacia donde estaba el

niño, al mismo tiempo que quería infundirle ánimos para que no se soltase, y le decía:

—¡Aguantá, Matito, aguantá!...
¡Ya llego yo!

Pero los gritos de Alberto no podían devolver las fuerzas al pequeño, que al fin se dejó arrastrar por una ola. Fué un instante de peligro inminente. Alberto, como un loco, se lanzó al agua y segundos después, a grandes brazadas, llegó donde estaba el pequeño, lo tomó en sus brazos y volvió con él a la orilla. Lo depositó en ella, le proporcionó la respiración artificial y poco a poco Matito volvió a la vida. La primera persona que vió junto a él fué a su profesor y de lo más íntimo de su ser le dedicó una sonrisa, que era todo cariño y sinceridad. Tal vez era aquella la primera vez que Matito mostraba su alma tal y como era. Alberto lo comprendió así y le dijo:

—¡Animo, Matito!... No ha sido nada... ¿Estás bien?

Matito dejó caer su cabecita sobre el pecho del maestro, con su manita buscó la del profesor y como si quisiera sellar aquella amistad sincera que nació en aquel instante apretó su mano diciéndole:

—No creí que fuese usted tan fuerte... Me tiene que enseñar a nadar como usted.

Con la misma paciencia de un padre, Alberto volvió a vestir al niño y lo cogió al fin en sus brazos diciéndole:

—¿Te encuentras bien?

—Sí, sí — respondió Matito—.

¿Le canso?

—No te preocupes—le dijo el profesor marchando con él en dirección a la casa. Pero antes de llegar a la casa se encontraron con los coches de todos sus familiares y amigos que venían corriendo a la playa. Hasta ellos había llegado la noticia de lo que había pasado y Elvira, con la cara descompuesta, con el corazón deshecho por la angustia, no apartaba sus ojos de la playa, hasta que por fin vieron a don Alberto que traía al niño en brazos. Elvira saltó del coche y corrió adonde estaba su hijo. Lo abrazó fuertemente, como si lo volviera a recuperar de nuevo y preguntó:

—¿Matito, hijo mío!... ¿Qué ha pasado?

—Nada, señores—respondió Alberto queriéndolos tranquilizar—. No ha sido más que el susto.

—¿Pero qué ha sido?... ¿Qué ha ocurrido?... ¿Cómo ha sucedido?—preguntaron todos a la vez, hasta que Matito exclamó, molesto por tanta pregunta:

—Nada, nada... Ya estoy bien.

El mismo Alberto lo condujo a un

coche y junto con él llegaron a la casa. Allí lo dejó sobre una chaise-longue, lo cubrió convenientemente para hacerlo sudar y le suministró un ponche caliente, que el chico tomó resignadamente, por el solo hecho de que se lo daba su profesor.

Alrededor de ellos se hallaban sus familiares y Elvira, que todavía estaba presa de aquel ataque de nervios que le produjo la noticia. Su hermano, para reanimarla por completo, le decía:

—Ya lo ves... Tan campante... Como si no hubiese pasado nada.

—Ya se pasó, ¿verdad, Matito?

Valerio vio llegar a su madre y a su tía y pensó en lo que se aproximaba, por lo que les dijo a las que estaban reunidas junto a él:

—Ahora llega mi madre... Sálvese el que pueda.

En efecto, en aquel instante apareció la madre de Elvira, que exclamó disgustada:

—¿Por qué no avisasteis... Estábamos en la playa.

—No os alarméis—le dijo Geneveva—. Afortunadamente no ha sido nada... El niño ya está bien, gracias a don Alberto.

—¿Don Alberto?... ¡Don Alberto!...—exclamó doña Manolita.

—¡Hola, abuelita!—exclamó alegremente el chiquillo.

Esta hizo un gesto a Elvira, que

parece no comprenderla y al fin exclamó irónicamente:

—Creí encontrarme con una tragedia y me encuentro con un cuadro familiar, un cuadro enternecedor... Un niño fresco y sonriente, recibiendo como premio a su hazaña el homenaje de los suyos.

—¿Te sientes defraudada? — le preguntó Elvira con reticencia.

Su madre, que comprendió la pregunta y la ironía, se apresuró a decir:

—¡Qué horror!... ¡Qué cosas dice esta hija mía!

Pero Elvira, que ya estaba contenta al ver que su hijo estaba bien, cortó la discusión que se avecinaba diciéndole:

—Mira, mamá, no quiero discutir contigo... Me voy a arreglar antes de que vengan a buscarme para comer en Las Adelfas.

Al ver que se marchaba su hija, la condesa miró fijamente a Alberto, que sostuvo con toda valentía su mirada, hasta que por fin le dijo irónicamente:

—Lo ha salvado usted, según me han dicho. Le felicito por su heroísmo... Tal vez hubiera sido mejor haberlo evitado.

—No digas tonterías, abuelita — exclamó Matito —. No; don Alberto no ha tenido la culpa. Y si me hubiera ahogado, ¿qué? — exclamó

el niño encogiéndose de hombros.

—¡Jesús, qué criatura! — exclamó asustada la condesa —. Cualquiera que le oiga, ¿qué pensaría? Tu sabes el disgusto que habrías dado a tu madre y a mí, tu pobre abuela.

El chiquillo se encogió de hombros, exclamando:

—Sí, sí, os importa mucho de mí...

—¿A tu madre crees que no le importas...? Si hicieras siempre lo que ella te manda y lo que yo te digo...

—Las mamás no mandan — exclamó el niño —, y las abuelas menos. Los que mandan son los papás, y como yo no tengo...

—Buena falta te haría un padre. Ya verías como cambiarías.

—Eso es lo que queréis, por eso es por lo que mamá va a casarse.

—¿Pero qué estás diciendo? — exclamó llevándose las manos a la cabeza su abuela —. ¿Pero qué vigilancia y qué cuidado tiene usted con este niño, don Alberto?

—Señora condesa — le respondió Alberto —. Yo le aseguro que delante de mí...

—Sí, ya sé lo que va a decirme — le interrumpió la condesa —; pero por lo visto usted no está siempre delante como es su obligación.

—Claro — exclamó Matito —, co-

mo que todo el día vamos a estar aburriéndose él conmigo y yo con el profesor...

—Bueno, pero a quién has oído ese disparate de que tu madre se va a casar.

—Toma, pues lo dicen los criados. Florentina y Román decían el otro día que mamá iba a casarse con Raimundo Ansúrez y que por eso me traía tantos juguetes y a mamá le hace tantos regalos.

—¡Oh, qué gentío!... Y esa hija con su modo de ser nos está comprometiendo a todos.

—¿Qué es lo que yo te decía?—le dijo doña Manolita—. No tendrá más remedio que casarse.

—Sí, sí—exclamó la condesa—, que se case cuanto antes. Todo es preferible a estas murmuraciones de criados.

—Pero yo no quiero, yo no quiero que se case—exclamó Matito—. Si se casa mamá, me voy, me escapo, me vuelvo a ahogar.

—¡Cállate!—exclamó la condesa indignada—, por supuesto que el que tiene la culpa no es el niño, sino usted, don Alberto. Yo no sé qué clase de lecciones son las que le da, que no lo ha enseñado lo primero que ha debido enseñarle, a respetar a su madre, a su abuela... a todos.

Alberto, al verse nuevamente in-

sultado de aquella manera, al comprender que la condesa procuraba por todos los medios molestarle, no pudo contenerse más tiempo y se levantó indignado, exclamando:

—Señora condesa. Yo me declaro incapacitado para corregir lo que no tenía previsto. Renuncio a mi cargo y hoy mismo saldré de esta casa, deplorando no haber acertado a cumplir como yo deseaba, «como estaba obligado», por ustedes y por la persona respetable que me ha recomendado a ustedes.

La condesa vio el cielo abierto con aquella decisión del profesor y exclamó indiferente:

—Será lo mejor. Ha sido una equivocación lamentable.

—De muy fácil enmienda—respondió Alberto—. Pido permiso a la señora condesa para retirarme.

Pero al ir a marcharse Matito lo cogió por el brazo impidiendo que pudiera marcharse. Aquella acción del pequeño, emocionó vivamente a Alberto, que al mismo tiempo que intentaba salir acariciaba la mano del niño, que le dijo a su abuela:

—Que no se vaya don Alberto, no quiero que se vaya.

La condesa miró extraviada a su nieto. Hasta entonces Matito había pedido siempre no tener profesor, y era la primera vez que se oponía a que un profesor suyo saliese de la

casa. Ante aquella actitud no pudo menos que exclamar:

—¡Es lo único que nos faltaba!

Matito seguía agarrado a Alberto y seguía diciendo:

—No quiero que se vaya... ¡No quiero que se vaya!

Alberto, para convencer a Matito que le dejase marchar, le dijo cariñosamente:

—Pero si yo te fastidiaba tanto, si no me querías...

—Sí que le quiero a usted—contestó el chiquillo— Ahora sí le quiero...

Y dirigiéndose a sus tías les dijo:

—Decirle que no se vaya. Si se va me voy yo con él. Con él estaría mejor que aquí.

La condesa, herida en su orgullo por aquel acto de su nieto, exclamó excitada:

—Ahora es cuando yo no puedo consentir que se quede.

—Ni yo lo intentaría, señora condesa—respondió Alberto orgullosamente.

—Tú no mandas—le dijo Matito a su abuela.

—Hijo mío—le dijo doña Manolita— Tu abuela es la que manda. Ella manda en ti, en tu madre...

—¿En mamá?—exclamó el chiquillo— ¿A que no? En mi mamá no manda nadie.

—Tu madre dirá lo mismo que yo, Matito—insistió su abuela.

Alberto comprendió que aquella escena duraba demasiado y le dijo:

—No vale la pena, señora condesa... Yo me voy ahora mismo.

—¡No se va, no se va!—exclamó el chiquillo casi llorando— ¡Mamá!... ¡Mamá!... Ven en seguida.

Había salido a llamar a su madre, pero sin dejar de la mano a Alberto y con él volvió para decirle a su abuela:

—Es la única persona a quien quiero en esta casa.

La condesa se llevó las manos a la cabeza. En su orgullo no podían tener cabida aquellas palabras de su nieto y exclamó asustada:

—Es lo único que nos quedaba por oír... ¡A un extraño!

Alberto sonrió y le dijo a la condesa:

—Señora, los niños son así; por lo mismo que soy un extraño...

Pero Matito seguía llamando a grandes voces a su madre, hasta que ésta se presentó y preguntó:

—¿Qué sucede?

Venía seguida de sus amistades y antes de que nadie pudiera hablar el niño se encaró con ella diciéndole:

—Mamá, yo no quiero que se vaya don Alberto.

Elvira que sospechó que algo había pasado con su madre, intentó fingirlo y preguntó:

—¿Y quién ha dicho que se va a marchar?

La condesa, antes de que nadie pudiera referirle la escena que había ocurrido, se adelantó a explicarle:

—El se ha despedido y a mí me ha parecido muy bien.

Elvira miró fijamente a Alberto, como si quisiera leer en su mirada cuanto había pasado, y al fin le preguntó:

—¿Que se ha despedido usted?

—Sí, señora marquesa; no debo seguir en esta casa. A oídos de su hijo han llegado cosas que no he sabido impedir que llegaran... Acaso habían llegado antes de que yo viniera a esta casa; de todos modos yo no he sabido impedir que las repitiera...

—No quieras saber... ¡Horrores!

—exclamó la condesa, para ganar la voluntad de su hija.

—¡Espantos!—insistió doña Manolita.

—He dicho la verdad—exclamó Matito—. He dicho que tú vas a casarte.

—¿Yo?... ¿Y quién te ha dicho eso?—preguntó Elvira.

—Sí, si me lo han dicho—insistió el niño—. Y yo no quiero que

te cases, ni que se vaya don Alberto.

Elvira al ver el cariño que su hijo sentía por Alberto y hasta sin darse ella misma cuenta del afecto que sentía también por el profesor, le dijo amablemente:

—Yo le ruego a usted que se quede.

Matito, feliz con su victoria y arrojándola con la insistencia de chiquillo mal educado a su abuela, le gritó:

—¿Lo ves? ¿Lo ves? ¿Dí quién manda más ahora?

La condesa, indignada, salió seguida de doña Manolita, no sin antes decirle a su hija:

—¿Me desautorizas? Está bien. Vamos, Manolita, que esto es el fin del mundo. Mañana nos vamos a Madrid.

—Ya oye usted, señora marquesa... Yo creo que no debo seguir.

—Y yo se lo vuelvo a rogar—insistió Elvira—. Es la primera vez que he visto a mi hijo interesarse por alguien.

Y mirando a Matito le preguntó:

—¿Es que quieres a don Alberto?...

—Sí que le quiero, porque él me quiere a mí — respondió con esa franqueza tan propia en los niños.

—¿Y sabes tú si él te quiere?

—Sí que sé que me quiere. Cuan-

do me ha sacado del agua y creía que yo me había ahogado, le he visto que lloraba.

Elvira sintióse enternecida por aquel gesto de Alberto, y mirándole emocionada le dijo a su hijo:

—Pues quíerle mucho y haz lo que él te diga, y ya verás como todos te queremos.

—¡Vaya una gracia!— exclamó el chiquillo—. El caso es quererme como él me ha querido, cuando yo era malo con él y él sabía que no le quería ni pizca.

En aquel momento se oyeron las bocinas y motores de unos coches que llegaban, y Elvira, sintiéndose por primera vez unida a aquel cariño del niño, que no había sabido conocer, resolvió una nueva vida, una vida que fuera para su hijo exclusivamente, y por lo mismo le dijo a Alberto:

—¿Quiere usted hacerme un favor? Dígame que no estoy muy bien y que prescindan de mí. Que he tenido que acostarme.

Matito palmoteó de alegría. Se veía todo el día al lado de su madre y del profesor, y exclamó:

—Yo se lo diré... Verás tú cómo yo se lo digo.

Elvira le detuvo cariñosamente diciéndole:

—No, tú no, que dirás alguna

atrocidad. Dame un beso, un beso muy fuerte.

El chiquillo se abrazó a ella. Por primera vez se habían encontrado los dos corazones, y Elvira, sintiendo toda la dicha de una madre que se ve correspondido por el amor del hijo, terminó diciéndole:

—Hoy comerás en la mesa conmigo, con todos... con don Alberto también.

Y al citar al profesor le dirigió una mirada tan dulce, tan alegre y tan llena de dicha, que Alberto sintió como si toda su alma se iluminase de un nuevo resplandor.

—Pero que no se ponga pesada la abuela—le dijo Matito.

—Descuida, hijo mío. Y ahora me voy para que no me vean.

Alberto cumplió la orden que había recibido de Elvira, y cuando volvió a quedar solo con Matito, le preguntó al verlo cabizbajo:

—¿Estás triste, Matito?... ¿Qué piensas?

—Que yo no quiero que se case mi mamá—respondió el chiquillo.

—Es natural—respondió el profesor—. No te gustaría tener un paíastro.

—No, yo no quiero un padastro, no me gusta; papá, sí, papá me gustaría tenerlo, pero al que yo quisiera, no al que quisiera mamá.

Alberto no pudo menos que echarse a reír y acarició al niño, comprendiendo lo que pasaba en aquellos momentos por su almita.

Cuando el ruido de los motores desapareció y Elvira comprendió que no quedaba nadie en la casa, bajó nuevamente donde estaba Alberto y su hijo, diciéndoles:

—¿Quieren que demos un paseo?

—Lo que la señora disponga —contestó el profesor.

—¿Y llevaremos el juego de bolos, mamá?

—Lo que tú quieras—respondió la marquesa.

Y poco después, los tres solos, Alberto conduciendo y Elvira y su hijo detrás, se dirigieron hacia un restaurant próximo para pasar la tarde.

Matito iba callado, le parecía mentira poder contar con su madre para toda la tarde, y ésta al ver su actitud le preguntó:

—¿Por qué tan callado, Matito? Desde que selimos apenas si has dicho cuatro palabras. ¿No eres feliz?

—Al contrario—respondió el niño—; soy tan feliz que me parece que estoy soñando... y claro, no digo nada porque tengo miedo de despertar.

Elvira se sintió emocionada por aquella confesión de amor filial, y

estrechándolo contra ella le respondió:

—¡Pobre hijo mío! Te prometo que ya no me separaré de ti y que esto que te parece un sueño, será la realidad de todos los días.

Llegaron al restaurant, y en su plazoleta se pusieron a jugar a los bolos el profesor y el alumno, mientras que Elvira los contemplaba, pensando en lo abandonado que había tenido a su hijo. Había sido preciso que aquel hombre llegase a su casa, para que el tesoro que tenía escondido en el corazón Matito saliese a relucir y ella lo pudiese apreciar. Comprendía las palabras de Alberto cuando dijo que antes había que enseñar a los padres que a los hijos. Ella había recogido la lección y se prometía seguirla para recuperar aquel cariño que creía no existía.

Alberto enseñaba a jugar al pequeño, y en el rostro de éste se dibujaba toda la satisfacción que sentía en aquellos instantes. Seguía las instrucciones de su maestro, hasta que Alberto llegó a decirle:

—¡Muy bien, Matito! A este paso me ganas la partida.

Matito miró orgullosamente a su madre al verse elogiado por su profesor, y cogiéndola por una mano la llevó hasta donde estaban los bolos, diciéndole:

N O Q U I E R O . N O Q U I E R O

—Mamá, ¿por qué no juegas con nosotros?

Elvira se echó a reír de la ocurrencia de su hijo y le respondió:

—Yo no sé jugar, hijo.

—Don Alberto te enseñará—le dijo el niño.

Y para complacerlo tomó la primera lección de aquel juego, que Alberto le dio respetuosamente.

CUANDO EL RIO SUENA

AQUELLA noche, todos los que sabían que Alberto se hallaría en la mesa, estaban intrigados por la actitud que adoptaría. Los más esperaban un completo fracaso para el profesor, sospechando que haría el ridículo mayúsculo. Mas, sin embargo, Alberto se portó como un verdadero aristócrata. Supo estar siempre en su sitio, y todos ellos quedaron sorprendidos de su elegancia y defraudados en sus pensamientos.

A partir de aquel día, Elvira se consagró exclusivamente a su hijo, mientras que Ansúrez, al verse pospuesto, procuraba sustituir a Elvira con su hermana. Y aquellas salidas de la marquesa, del profesor y de su hijo, dieron lugar a que un nuevo rumor corriese de boca en

boca, o sea el de que los dos estaban enamorados.

A tal punto llegaron los comentarios, que la condesa se creyó en el deber de llamar la atención de su hija, y un día, en ocasión en que estaba con su hijo Valerio, la llamó y la dijo:

—¿Dónde has dejado a tu hijo?

—Con don Alberto —respondió Elvira— Fueron a la librería y al correo; don Alberto gira todo lo que gana a su madre, hoy me lo ha dicho Matito.

La condesa, con cierta ironía, murmuró:

—Sí, se lo cuenta a Matito para que Matito te lo cuente a ti. No es mal sistema.

Elvira durante todos aquellos días que había salido acompañada de Alberto, había podido darse cuenta de

la nobleza de corazón de aquel hombre. Cada vez se sentía más unida a él, echaba de menos su compañía cuando por cualquier causa no podía estar con ellos, y al sentir que su madre hablaba de aquella forma de él, exclamó indignada:

—Si prefieres creer que con lo que gana sostiene sus vicios, pues son cuarenta duros de vicios.

—No, si ya sabemos que el profesor es un modelo de virtudes. Estamos en plena «Novela de un joven pobre»... ¡Y decían que había muerto el romanticismo!

—¿Y a qué viene todo eso?—preguntó incomodada—. ¿Puede saberse?...

—Es mejor que digas a tu hermano. El te dirá lo que dice todo el mundo.

—Dale con todo el mundo—contestó algo molesta Elvira—. Pero, ¿qué creéis? ¿Que estoy enamorada del profesor?

—Como que es lo que parece—le respondió su hermano.

—Parece... ¿por qué?

—Por lo que ve todo el mundo—insistió Valerio.

Elvira se quedó mirando a sus familiares y luego en tono despectivo les dijo:

—Parece mentira que gentes que no tienen otra cosa que ocuparse que investigar las vidas de los de-

más, tengan tan poca práctica en enterarse de la verdad... ¿Qué idea tienen de mí, de la mujer en general?... No comprenden que si hubiera algo es cuando no verían nada?... ¿Que paseo con él y con mi hijo? ¡«Con mi hijo siempre»!... ¿Piensan que si voy con mi hijo es por ir con él?... ¿Y por qué no piensan que si voy con él es por ir con mi hijo?

La condesa hizo un gesto como indicándole que no estaba conforme con ella, pero antes que su madre pudiera expresar ningún pensamiento, Elvira siguió diciéndoles:

—Me creeríais tan insubstancial que iba a contentarme toda mi vida con esa vida frívola en la que yo sólo he procurado distraer, olvidar el dolor de un desengaño, más cruel porque ni aun podía tener el desahogo del desprecio de la venganza... El deseo de olvidarme de todo me hizo olvidarme hasta de mi hijo, sólo por ser hijo del hombre a quien yo tanto había querido... He sido una mala madre, pero me ofendéis si creísteis que lo sería siempre.

La forma de expresarse de Elvira encontraba en la condesa, su madre, toda la extrañeza que se puede suponer. Jamás pudo creer que su hija pensase de aquella forma después de la vida de frivolidad que

llevaba, y por si alguna duda le cabía, Elvira continuó diciéndoles:

—Y ahora que por primera vez estoy contenta de mí, ahora que he recobrado a mi hijo, gracias a la inteligencia de un hombre de corazón, es cuando venís a decirme que me comprometo, que la gente murmura, que todos creen que estoy enamorada del profesor... Hay muchos modos de enamorarse, y si no comprenden ésta, peor para ellos.

Y al hablar por segunda vez de si ella estaba enamorada de Alberto, aquella frase no sentó mal en sus oídos. Inconscientemente hablaba de él con un apasionamiento solamente capaz de sentirlo un corazón que verdaderamente estuviera interesado. Ante la estupefacción de los que la oían, Elvira siguió su argumentación:

—Si para el médico que nos salva un hijo de la muerte, si para el maestro que despierta su corazón y su inteligencia, no tenemos las madres amor y gratitud... ¿para quién los tendremos?

La condesa esperó a que terminase su hija y le expresó su disconformidad diciéndole:

—¡Precioso discurso! Pero te advierto que es mal síntoma cuando para explicar una situación dudosa no se sabe qué decir, y peor es cuando se sabe decir demasia-

do... ¡Amor!... ¡Gratitud!... ¡Y todo por amor a tu hijo!... ¡Qué peligroso es que el corazón juegue a las carambolas!... Créeme, créenos a todos los que te queremos. Lo más seguro es que el profesor deje esta casa... ¡Si hubiera salido cuando yo te despedí!

Valerio ante una mirada de su madre tomó parte en la conversación y la tranquilizó diciéndole:

—Descuida, mamá; ahora seré yo quien lo despida... Mejor dicho, quien le obligue a despedirse.

—¿Obligarle a despedirse?... No puede ser sin ofenderme, o sin insultarle a él; de cualquier modo sería una cobardía... Porque bien sabéis que no podré defenderme ni defenderse.

—No creo que llegue a pedirme una satisfacción —exclamó Valerio ante las palabras de su hermana.

—No hay por qué ni para qué —exclamó despectivamente la condesa— No es necesario dar explicaciones de ninguna clase. Con decirle que se ha pensado en mandar a Matito a un colegio; hemos terminado.

—¿Habéis contado con Matito? —preguntó Elvira, que sabía el cariño que su hijo sentía por el profesor.

—Tú sí que no has contado con él —respondió la condesa—. Di que,

por cuentos de los criados, llegue a figurarse algo, y verás si no vuelvo a decir, como siempre: «No quiero, no quiero».

—¿Y qué es lo que no ha de querer?—preguntó Elvira.

—Eso que dicen—replicó su madre.

La entrada de Alberto y Matito puso fin a la conversación, y la condesa, cambiando de conversación, le preguntó:

—¿Qué piensas hacer esta tarde?

—Lo mismo que vosotras—respondió Elvira—. Lo que haga todo el mundo. ¿Bajáis a la playa? Pues a la playa.

Matito y Alberto habían cruzado la estancia sin detenerse y la condesa aprovechó su ausencia para in-

sistir acerca de su hija, diciéndola:

—Está bien, pero antes de que tu hermano hable con el profesor, es preciso que resolvamos este asunto.

—¿Para qué? — contestó encogiéndose de hombros Elvira—. Si ya lo habéis resuelto vosotros. ¿para qué tengo que dar yo mi opinión?

—Comprende que tenemos razón—insistió su madre.

Elvira sonrió irónicamente y respondió:

—¡Mucha razón!... Todo el mundo tiene mucha razón... Así por lo menos me dejaréis tranquila.

Y sin querer continuar por más tiempo aquella entrevista, se fué a sus habitaciones con el fin de prepararse para el paseo de aquella tarde.

UN EXAMEN DE CONCIENCIA

CUANDO Elvira quedó sola en sus habitaciones volvió a meditar sobre la conversación que había tenido con su madre. La figura de Alberto, llena de arrogancia, de nobleza y rectitud, aparecía ante ella con un resplandor como jamás había visto en ningún otro hombre. La idea de que una mujer se enamorase de él no le parecía descabellada y hasta ella misma se consideró capaz de llegar a amar a aquel hombre en cuyos actos no había más que rectitud y honrra de bien... ¿Por qué, pues, todo el mundo se ponía en contra de ella y de él?... Es verdad que jamás habían cruzado entre ellos una sola palabra que pudiera descubrir sus pensamientos, pero Elvira, analizando todos los actos de Alberto, llegó a la conclusión de

que el profesor estaba enamorado de ella. Ante esta idea sonrió, pero con la ironía de la que se cree superior, si no con el orgullo de la mujer que se cree digna de ser amada por un hombre. Y si ella misma ahora se daba cuenta de que Alberto estaba enamorado de ella, ¿por qué los demás no se lo podían haber figurado también?... Tal vez ella misma le amaba, y hasta ahora, hasta que los demás no se lo habían dicho, no se había dado cuenta de ello.

Y mientras que Elvira examinaba de esta forma su conciencia, en la biblioteca Alberto y Matito hablaban amigablemente, mientras duraba la lección, y el chiquillo le preguntaba:

—¿Por qué no me dejó usted que comprara aquel periódico francés?

—Si no sabes francés, ¿para qué lo quieres?

—Por las estampas, eran muy bonitas, en colores...

—Sí, pero las estampas no están en francés, no es un periódico para niños; cuando yo estudiaba alemán, aprendí unos versos que decían traducidos y en prosa: «El corazón de los niños ha de tener la candidez de la azucena, la verdad del espejo, la frescura del manantial, la alegría de los pájaros que cantan en la mañana...» ¿Te acordarás? Pero, ¿qué importa que tú lo sepas y no lo sepan los demás...?

Y al decir los demás, Alberto pensó en la maledicencia del mundo y exclamó pensativo:

—¡Los demás!... ¡Lo que cuesta defender nuestro corazón de los demás!... ¿Recuerdas, Matito, el día que nos conocimos por primera vez?

—Sí, don Alberto—contestó el niño—prestándole atención.

—¿Te acuerdas que te dije que había traiciones buenas y traiciones malas?... Pues bien, Matito, yo he sido un traidor contigo.

—¿Usted conmigo? — preguntó extrañado Matito.

—Sí; he conseguido que llegaras a quererme a traición, porque tú estabas decidido a no quererme nunca... Yo no era para ti más que el profesor, y ahora soy el amigo.

—Es que creí que me iba a fastidiar mucho con lecciones, haciéndome estudiar muchos libros, y no me hace estudiar nada.

—Es verdad; tú crees que no estudias; sin embargo, sin darte cuenta, aprendes algo todos los días, a cada hora. ¿Lo ves?... Otra traición... otra traición buena.

Matito, niño al fin, no podía seguir aquella conversación tan seria, y de pronto le preguntó al ver un periódico sobre la mesa:

—¿Me deja usted que lea este periódico?

Alberto miró el periódico de que se trataba y le respondió:

—Ese si puedes leerlo.

—Voy a ver quién ha ganado el partido eliminatorio. ¿Usted sabe jugar al fútbol?

—Sí—respondió Alberto suspirando tristemente—. En Oxford jugábamos mucho. Después, cuando murió mi padre y tuve que dejar la Universidad, no he vuelto a jugar. He tenido que ganarme la vida.

—Debe ser muy difícil ganarse la vida—preguntó el niño.

—Mucho — exclamó suspirando el profesor—. No sé si descarté que no lo sepas nunca, aunque sé también que, por saberlo, la vida tendrá para ti un valor que, de otro modo, acaso no tendrá nunca...

Matito, sin poder comprender

aquellas palabras de su profesor, se dedicó a leer el periódico, y en aquel momento entraron dos criados de la casa, Florentina y Román. Alberto, sorprendido por aquella inesperada visita, les preguntó:

—¿Qué sucede?

—Verá usted: Román solo no se atrevía a hablar con usted...

—Como el asunto es de los dos —continuó el criado.

—Ya sabe usted que pensamos casarnos.

—¡Ah, no sabía nada! Ustedes saben que no soy muy curioso.

—Podían haberle dicho al señor que éramos novios, pero entre nosotros siempre ha sido muy serio... Los señores tampoco hubieran consentido otra cosa.

—Bueno, ¿pero ustedes dirán qué es lo que quieren de mí?

—Pues verá usted—le dijo Florentina, que era más atrevida—: la señora marquesa ha comprado hace poco una casa en Madrid, una casa muy buena en el calle de Velázquez; a nosotros nos convendría la portería, que es una buena portería, porque la vecindad es muy buena, y con una buena vecindad una portería deja lo bastante... Si el señor fuera tan bueno que influjera con la señora marquesa...

—Yo creo que ustedes mismos podrían hablar con la señora mar-

quesa... Mi intervención no creo que pueda tener mayor influencia.

—Nosotros sabemos que si —dijo intencionadamente la criada—. Nosotros sabemos que la señora marquesa le hará a usted mucho caso...

—Nosotros vemos lo que la señora marquesa le aprecia a usted, aunque a algunos les está sentando muy mal.

—Ya puede usted figurarse—siguió diciendo Florentina, cada vez con más marcada intención—. Entre ese señor Ansúrez, que quería casarse con la señora y ahora se va a casar con la señorita Genoveva, y ese amigo suyo que no hace más que traer y llevar... van diciendo unas cosas...

Alberto comprendió lo que querían decirle los criados. Aun cuando él en muchas ocasiones había sentido el temor de que alguien pudiera profundizar en sus sentimientos y descubrir el amor que sentía por Elvira, no podía dejar que aquella murmuración continuase, y por lo mismo hizo callar a los criados diciéndoles irritado:

—No quiero saber nada... Hagan ustedes el favor... ¡Ya es bastante con lo que he oído!

—¿Se ha disgustado el señor?—preguntó Florentina al verle en aquella actitud.

—Perdone usted—dijo Román—. Comprenda usted nuestra buena intención.

—Sí, sí, lo comprendo todo... Déjenme ustedes.

Los criados no se atrevieron a insistir más y salieron de la biblioteca dejando a Alberto preso de una verdadera angustia. Comprendía que el amor que él sentía por Elvira era algo imposible, y menos aún quería que nadie pudiera sospechar que pretendía los millones de la joven viuda. Si situación era verdaderamente apurada y no le quedaba más que adoptar un recurso. Para él era dolorosísimo, pero lo exigía su caballerosidad y estaba dispuesto a seguirlo.

Matito que había terminado su lectura, exclamó de pronto:

—Eliminado el Madrid... El árbitro ha metido la pata... ¡Ay!, menos mal que no me ha oído usted.

—Si te he oído, Matito—respondió cariñosamente Alberto—, pero prefiero que seas tú el que comprenda que has dicho mal, sin que tenga yo que llamarte la atención.

—No volveré a decirlo, don Alberto... Meter la pata... Es verdad, está muy feo decirlo; pero me parece que Florontina y Román también.....ahora sí debe usted dejarme que lo diga—han metido la pata.

—¿Has oído algo?—preguntó intranquilo Alberto.

—No, no he oído nada, pero se ha quedado usted muy serio... Algo le pasa, don Alberto. ¿Qué es lo que le han dicho?

Alberto no pudo contestar. Se pasó la mano por la frente para apartar de él los pensamientos que le embargaban en aquel momento, y Matito, al ver su tristeza, corrió a él para acariciarlo. Alberto al tener junto a sí al chiquillo no pudo contenerse y lo estrechó entre los brazos diciéndose:

—¿Por qué te he tomado tanto cariño?... ¿Por qué me quieres tú también?... Si tuviéramos que separarnos?

—No nos separaremos—exclamó el niño—. Mi mamá no quiere que usted se vaya y mi mamá es la que manda.

—Sin embargo, Matito, tenemos que separarnos, y lo más triste es que debes ser tú el que lo diga... Ya lo ves; tengo que enseñarte a mentir... ¡qué buen maestro!... Es preciso que mientas, que digas a tu mamá que ya no me quieres, que hemos tenido un disgusto, que... Sí, es preciso que vuelvas a decir lo que yo había hecho que olvidaras: «No quiero, quiero...», que era ley en esta casa... Yo no puedo decir que soy yo el que se despidе,

parecería... No puedes comprenderlo... ¡Ojalá pudiera decírtelo yo todo!... Matito, tienes que ser tú el que me despidas; es por el bien de todos, por la tranquilidad de esta casa, para que nadie pueda creer nada malo de mí... de nadie... ¿Lo harás, Matito?...

—Si usted lo quiere...—respondió tristemente el niño.

—Hazlo por mí, Matito—le suplicó el profesor...

Antes de que pudieran ellos ir en busca de la marquesa para darle cuenta de lo que habían acordado, se presentó Elvira, que al ver a su hijo le preguntó cariñosamente:

—¿Estás aquí?... Esta tarde tendrás que salir solo con don Alberto, yo salgo con la abuelita y con tía Manolita.

Y al ver el aspecto de tristeza de su hijo le preguntó:

—¿Qué tienes?

El chiquillo, con aquella ingenuidad propia de sus pocos años le respondió:

—Oye, mamá, don Alberto quiere que yo te diga una cosa.

—¿De qué se trata?—preguntó su madre.

—Yo no sé decírtelo, mejor será que te lo diga él.

Elvira levantó su mirada hacia Alberto, y al encontrarse con la de éste sintió una emoción como si de

aquello que le iba a comunicar dependiese en parte su vida futura. Se dio cuenta entonces de cuánta razón tenían los demás en haber visto en ella lo que ella misma no había sabido ver, y el profesor, con su acostumbrado respeto, le dijo:

—Señora, Matito dice que le fastidia; yo también lo comprendo, sé que no me quiere, que no puede quererme y que debo marcharme.

Elvira miró a los ojos de su hijo para leer en ellos la verdad. Había adivinado lo que pretendía Alberto. No le cabía duda que hasta él habían llegado las mismas murmuraciones de que le había hablado su madre, y la nobleza de Alberto llegaba hasta el límite de sacrificarse, sin la menor protesta. Si algo faltaba para ganar el corazón de Elvira, la hidalguía de aquella acción terminaba de hacerlo. Al ver que su hijo bajaba los ojos a punto de llorar le preguntó:

—¿Tú has dicho que te fastidia don Alberto?... ¿Que no le quieres?

—Sí, no le quiero...—balbuceó el niño.

Pero Elvira no podía equivocarse y exclamó mirando a Alberto:

—Eso no es verdad.

—Señora... —insinuó Alberto. Pero ella le detuvo con un gesto, diciéndole a continuación:

—No es verdad eso. Los niños

saben mentir para ocultar sus faltas y travesuras; pero son malos cómplices para nuestras mentiras... ¿Es que mi hermano ha hablado con usted?

—No, señora; nadie ha hablado conmigo—respondió Alberto.

—Dí que sí, mamá—exclamó Matito, creyendo que de esa forma impediría que se fuese su profesor—. Ha hablado Florentina y Román, y se lo que han dicho.

Alberto comprendía lo difícil que resultaba aquella situación y se apresuró a impedir que el niño pudiera decir nada, diciendo él:

—Señora, sin explicaciones que a todos nos avergonzarían, déjeme salir de esta casa. Desde el día que me despidió su madre, sabe usted que mi situación es muy violenta en esta casa.

—Está bien—respondió Elvira tomando una resolución—; si usted cree que debe marcharse, así usted lo quiere también... si mi hijo lo quiere... ¿Tú quieres que se marche don Alberto, Matito?

—No — respondió resueltamente el niño.

—Es que él no sabe... no puede saber — exclamó angustiosamente Alberto.

—Sabe que usted le quiere—siguió diciéndolo Elvira—, sabe que es usted bueno para él... La verdad,

Matito, ¿tú quieres mucho a don Alberto?

—Sí, mamá.

—No quieres que se vaya, ¿verdad?

—No—respondió Matito.

Elvira besó a su hijo con toda su alma, y resplandeciendo en su rostro toda la felicidad que sentía en aquel instante, le dijo al profesor:

—Ya lo oye usted, no quiere que se vaya.

—Pero usted sabe, señora... usted sí debe saberlo...

—Yo lo único que sé es que no quiero que usted se vaya.

Alberto se veía encerrado, comprendía que al fin tendría que decir el motivo por el cual quería marcharse, y exclamó:

—Es que yo no puedo consentir que nadie pierda de usted, ni de mí... Usted perdónese...

Elvira sonrió al ver el gesto de desespero de Alberto y lo contestó:

—Tampoco puedo yo consentirlo: por eso estoy decidida a que no piensen nada y lo que digan lo digan de una vez para siempre.

Alberto miró asustado a Elvira. ¿Era posible que fuera verdad lo que él había creído suponer? ¿Podría ser verdad que ella le amase. Y tan imposible le parecía que preguntó:

—¿Qué quiere usted decir?

—Yo no puedo decir más—respondió Elvira, cada vez más dichosa al saberse amada de aquel modo. Yo no había sabido educar a mi hijo, porque no había sabido quererle. Usted le ha educado, sólo con quererle, y al educarle a él me ha educado a mí... No puedo decir más... Ni mi hijo ni yo queremos que usted se marche de esta casa.

Y antes de que Alberto pudiera contestarle, Elvira se inclinó al oído de su hijo y lo fué hablando. A medida que el chiquillo oía lo que su madre le decía iba sonriendo cada vez con mayor alegría, hasta que al fin le preguntó en voz alta:

—¿Qué respondes, Matito?

—¡Sí, quiero; sí, quiero!—exclamó palmeando Matito.

—¿Ha oído usted la respuesta?—le preguntó Elvira—. Pues que él le diga la pregunta.

—Me ha preguntado si me gustaría que usted fuera mi papá.

Alberto hizo ademán de estrechar a Elvira, pero tuvo un gesto de fuerza de voluntad para consigo mismo, y como si luchara entre su deber y su amor exclamó:

—Si no puedo... si yo no soy nadie... ¡Si soy muy pobre!... ¿Qué pensarían de mí!... No puede ser.

—Dice que es pobre, mamá—corrió Matito a decirle a su madre,

que desde otra butaca esperaba la contestación.

—Yo no soy rica—le dijo Elvira.—El dinero es tuyo.

Matito fué otra vez adonde estaba Alberto para decirle.

—Dice mamá que el dinero es mío. ¿Entonces me podré comprar un Citroën pequeñito?

Y cogiendo de la mano al profesor lo llevó adonde estaba su madre, como si quisiera el mismo unirlos. En aquel momento llegó la condesa y llamó a su hija para preguntarle:

—¿Qué has decidido?

—¿Respecto a qué? — preguntó Elvira fingiendo no comprender la pregunta.

La condesa, no queriendo dar una explicación delante de Alberto, le respondió:

—A lo que hacemos esta tarde; de otras cosas no hay que hablar por ahora.

—Te equivocas, mamá — replicó Elvira—. De esas cosas sí que hay que hablar. He decidido algo más, he decidido disponer de mi vida, volver a casarme...

—¡Gracias a Dios!—exclamó la condesa—. ¿Con Ansúrez?

—No quiere Matito.

—¿Entonces...? ¿Qué has pensado? — exclamó mirando a Alberto.

El profesor quiso detener a Elvira, para que no dijera nada a su

madre, pero ésta le entregó una carta diciéndole:

—Mira, mamá. Yo guardo esta carta. Te la voy a leer, porque entre otras cosas dice: «Se trata de una excelente persona, recomendable por todos conceptos; su vida ha sido ejemplar: buen hermano, buen hijo, que ha sacrificado su porvenir por atender a su madre y a sus hermanos. Estoy seguro de que usted apreciará sus virtudes y sus cualidades inmejorables».

—Si esa es la carta de recomendación del doctor Fitero.

—En efecto, tu consejero, el que ha sido siempre un oráculo para ti. Pues, figúrate que si estos informes son inmejorables para un maestro a quien vamos a confiar la educación de un hijo, también deben tener importancia para elegir marido... La única falta que podrías ponerle es la diferencia de posición, y no creo, aunque pienses otra cosa, que vas a desmentirte ahora de lo que me decías siempre desde niña: que el dinero no da la felicidad, que no debe uno casarse por interés... Conque ya lo sabes. Me caso con quien quiero...

Y mirando fijamente a Alberto le tendió las manos diciendo:

—Y a todo esto sin saber si él me quiere!

Alberto besó las manos que le

ofrecía Elvira y su emoción sólo le dejó decir:

—Elvira... ¡No era yo el que podía decirlo!

—Tampoco yo me hubiera atrevido a tanto sin probabilidades.

—¿Y qué dice Matito a todo esto? ¿Quieres que se case mamá?

—Sí quiero, sí quiero—respondió alegremente el niño abrazando a don Alberto.

—Bueno, pues si estáis contentos, ¿qué más puedo yo desear?—exclamó la condesa cambiando de actitud— A mi, la verdad, me había parecido muy bien siempre, pero es tan difícil librarse de preocupaciones de clases... Y en confianza te diré una cosa: lo prefiero a Ansúrez.

Entró Valerio, y al ver a su madre y a su hermana reunidos con el profesor, preguntó:

—¿Le dijiste ya...?

—Sí — respondió Elvira—. He despedido al profesor.

—Pero nos queda el marido de Elvira—terminó diciendo su madre.

—¿El marido?—preguntó extrañado.

—Sí, hombre, sí... Abrazá a tu futuro cuñado.

Valerio, que desde el primer momento había simpatizado con Alberto, se adelantó a él diciéndole:

—¡Me alegro!... Por muchos años... Vengan esos brazos.

Y Alberto, con la emoción que es de suponer, estrechó en sus brazos a Valerio, mientras que la condesa le decía a su hija:

—Ahora sí que has acertado.

Un mes después en los periódicos de la capital de España se daba la nota en los «Ecos de Sociedad» diciendo:

«Ayer contrajeron matrimonio la distinguida dama doña Elvira, marquesa de Rioblanco, con el inteligente joven don Alberto Manzanares. La boda tuvo lugar...»

FIN

Lara

5/09

138

Nº 10326



El ilustre literato gloria del teatro Nacional
JACINTO-BENAVENTE

1'50 Ptas.

EDITORIAL
"ALAS"